

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

La coalición de los hombres de bien, por D. Valentin Gomez.—El catolicismo liberal (art. II), por D. A. J. de Vildósola.—La cuestión de archivos en España (art. II), por D. Vicente de la Fuente.—Las razas proscritas, por D. J. R. y P.—Crónica del Concilio (continuación).—Virginia, ó Roma en tiempos de Neron: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por D. Francisco Melgar (continuación).—Los frailes en Filipinas, por el Rdo. Padre Oria.—Revista de la semana.—Correspondencia extranjera.—Anuncios.

LA COALICION DE LOS HOMBRES DE BIEN.

Estamos mal, muy mal: hay quien dice que ya no es posible estar peor; y si á juzgar se va por lo pasado, que no era bueno tampoco, casi casi nos inclinamos á creer que, en efecto, peor no es posible estar.

Siempre decimos lo mismo cuando estamos mal y hemos perdido el camino del bien. Siempre se nos figura que nada hay peor que lo malo que tenemos, y, sin embargo, en la pendiente del mal, cada paso que se da hácia abajo es peor que el precedente.

Cierto: el espectáculo que estamos dando al mundo no puede ser ni mas vergonzoso ni mas horrible. En vano se buscará gobierno en este pais; en vano se buscarán clases sociales; en vano se buscará pueblo. Aquí no hay gobierno, porque en manera alguna puede darse este nombre á un ministerio que no puede ni cumplir siquiera con el primero de sus deberes: el de mantener el órden. Aquí no hay clases sociales, porque ni una sola de las que este nombre reciben ejerce influencia de ninguna especie en los asuntos públicos, ni tiene fuerza colectiva para imponerse en concepto alguno. Aquí no hay pueblo, porque los pueblos, cuando están unidos con los lazos de unos mismos sentimientos, y estos tienen el vigor que presta la fe, no se dejan dominar por minorías sediciosas ni por personalidades atrevidas.

Nada hay aquí sino un gran castigo que, en vez de consistir en terribles epidemias ó en espantosos sacudimientos sociales, consiste solo en una especie de letargo general, en un desfallecimiento de fuerzas que parece hacernos impotentes para lo bueno y para lo malo.

¡No soñemos, por Dios, no soñemos! Diariamente decimos grandes lindezas de nuestro querido pueblo español, y la verdad es que casi puede asegurarse que en semejantes alabanzas solo llevamos el propósito de engañarnos unos á otros. Cuando ha sido posible llegar al punto en que nos encontramos; cuando en un año de predicaciones demagógicas se ha logrado sublevar ciudades enteras con miras claramente socialistas; cuando

aquí hace cada cual lo que quiere, salvo si quiere meterse fraile ó vivir en paz sin motines ni asonadas, no se nos diga que el pueblo español conserva todo su antiguo y ponderado carácter de nobleza, hidalguía y sumision á la autoridad legítima.

No negaremos lo que sea de razon conceder en este punto. Que este pueblo es esencialmente católico; que es dócil; que es generoso en sus arranques y fiel á sus tradiciones... Esto no lo pondremos siquiera en duda. Pero concédasenos tambien que el catolicismo de este pueblo tiene sus puntas y ribetes de rutinario; que su docilidad se parece mucho á la pereza; sus generosos arranques á los arrebatos de mal humor, y su fidelidad á las tradiciones, á la indiferencia del que por no saber qué elegir, se queda con lo conocido, solo con el objeto de ir pasando. ¿Parecen duras estas verdades escuetas? Pues son ellas de por sí mas duras todavía que la forma en que las espresamos; y aun mas duro que estas mismas verdades, y mas funesto para nosotros, es el empeño con que todos tratamos de ocultarlas. No temamos descubrir la enfermedad que nos consume, porque descubrirla es la primera condicion para curarla. ¿Somos tan católicos que estamos dispuestos á perderlo todo, hasta la esperanza de nuestro inmediato triunfo, por el bien general de la Iglesia? No: somos católicos en cuanto el serlo no lastima grandemente nuestros intereses, ni nos impide hacer algunas transacciones, un si es no es vergonzosas, que si en nada perjudican á la integridad del dogma, no dejan de oscurecer bastante el brillo de la dignidad del cristiano. ¿Somos políticos de tal manera que al cobijarnos bajo la enseña de un partido no llevemos mira alguna de ambicion personal, sino pura y simplemente el amor de la patria? No: los españoles hemos aprendido á medrar cómodamente por medio de la política, y nadie es capaz de arrancarnos del corazon esta mala espina del amor al trabajo oficinesco, que es una forma hipócrita de la holganza á que por lo comun vivimos entregados. La patria es un rico venero explotable por el que llega á subir hasta las alturas del poder. Y como se ve que el subir no es extraordinariamente difícil, escítase la codicia del medro y apágase aquel fuego santo de los patricios que viven pegados á su tranquilo hogar, ennoblecido por el sudor generoso de un trabajo bendito de Dios y de los hombres.

Luego estamos mal, muy mal, y nos hemos puesto en camino de llegar á estar todavía peor. El robo, el pillaje, el desenfreno de toda suerte se presentan en lontananza como una solucion á la crisis política, social y re-

ligiosa que atravesamos. Si el pueblo se halla enervado en sus mas íntimos sentimientos, desfallecido como veterano cubierto de heridas que, falto de fuerzas, se sienta en medio del monte, sin importarle un ardite de los peligros que puedan rodearle, ¿cuál es la conducta que debemos seguir para ver de librarle de tantos males como le afligen y de tantas desdichas como le amenazan? No es fácil decirlo; pero las cosas han venido á tal extremo de desolacion y ruina; los golpes de la revolucion son de tal modo directos contra la propiedad, la familia, la conciencia y hasta la vida del ciudadano, que, prescindiendo por un instante de las cuestiones de partido, creemos llegado el caso de formar contra la coalicion tácita ó espresada de todos los malvados, una coalicion sincera de todos los hombres de bien.

Funesto por de mas es el error del entendimiento. Sabemos que de este error proceden, mas aun que del vicio particular, las convulsiones de las sociedades y el desmoronamiento de las instituciones mas sólidas. Pero cuando, terminado el período de los errores intelectuales, se abre la válvula de todas las malas pasiones, y comienza la era de los crímenes, es necesario reunir las fuerzas apercebidas para defender la sociedad amenazada, y, aunque difieran en puntos de doctrina, agruparlas por lo menos en torno de un principio moral que todas reconozcan.

Peligros cada dia mas graves y hondos nos cercan. No se trata, no, de cambiar la forma de gobierno: no se trata de derribar al general Prim, como el general Prim derribó á Gonzalez Brabo, ni de plantear la república como sistema mejor y mas barato que la monarquía. ¡Ay! No se trata de estas pequeñeces, que pequeñeces son comparadas con las doctrinas antisociales, enseñadas bajo el amparo y patrocinio del gobierno, y practicadas ahora á pesar de la contraria voluntad del gobierno. Trátase de que á mas andar se acerca el período verdaderamente expiatorio de todas las revoluciones: trátase de que se ha negado ya toda autoridad divina y humana, y ha sonado la hora de que esta negacion no sea una vana fórmula, sino una realidad en la vida práctica. Y visto que el pueblo, impotente para resistir esta nueva invasion de vándalos que se nos echa encima, duerme ó hace que duerme, y sufre, ¿no será bien que todos los hombres honrados vayan entendiéndose, y, si es posible, coaligándose para salvar la sociedad de la ruina á que está mas próxima aun de lo que parece? Sea cualquiera el partido á que pertenezcan, si sus costumbres son puras, sus antecedentes honrosos y recta su intencion, ¿no habrá modo de que se concierten los hombres de bien para ser dique de todo criminal, ya se disface con la casaca del ministro, ya oculte sus negras entrañas bajo la curtida piel del obrero? Pues si es posible que los malvados se unan y coaliguen para hacer la guerra á toda institucion veneranda, á todo interes sagrado, ¿por qué no han de unirse y coaligarse los hombres de bien? Los que sin inconveniente alguno arrojamus, por decirlo así, en mitad de la calle nuestra vida pública y privada para que todo el mundo la escudriñe á su sabor; los que al levantar nuestra frente sin jactancia, pero con tranquila serenidad, ante el llamado *tribunal de la opinion pública*, levantamos tambien nuestro corazon sobre las miserias de las parcialidades políticas y lo ponemos en el altar de nuestro

Dios y de nuestra patria, ¿no seremos capaces de formar un solo cuerpo animado del espíritu de la virtud, dispuesto á dar la gran batalla á los demagogos y á sus cómplices, á los que incendian y á los que ponen la tea en manos de los incendiarios? ¿Habrá en nosotros, en los hombres de bien de todos los partidos, en los que aman la paz y el trabajo, en los que cumplen con sus deberes de cristianos y de ciudadanos, menos entusiasmo y desinterés por el bien, que en ellos hay ardor por el mal? ¿Podrán ellos organizar sus huestes para lanzarlas en un dia d'ido sobre la inerme sociedad, y no podremos nosotros estrecharnos siquiera nuestras manos antes de ir á la pelea á defender nuestro hogar, nuestra familia, nuestro pan? ¿Ellos, detestándose, han de llamarse hermanos, y nosotros, amándonos seguramente, hemos de tratarnos como enemigos? No puede ser; ¡ah! no debería ser.

Hombres honrados, hombres de buena fe, los que no habeis perdido aun el calor de vuestro corazon, los que mirais con lágrimas en los ojos las desdichas de la patria, y temblais por el porvenir de vuestros hijos y por el honor de vuestras familias, abandonado sin defensa alguna á las iniquidades de una prensa desenfrenada; los que, cubiertos de vergüenza, sabeis que compatriotas nuestros acaudalados, de la fértil tierra andaluza, han huido al Africa, á Tánger, en busca de orden y de seguridad, que no encuentran en España... ¿á dónde acudiréis que no os veais cercados de los mismos demagogos, mas ó menos encubiertos, que incendian en Cataluña y saquean en Andalucía y Valencia? ¿No habeis oido tiempo há nuestros pronósticos, que desgraciadamente se han ido cumpliendo con pavorosa exactitud, y no habeis visto que desde entonces tenemos la mano tendida hácia vosotros, que solo espera un movimiento afectuoso de la vuestra para estrechároslo con la efusion del cariño fraternal? ¡Enemigos! No podemos ser enemigos. Seamos hermanos, si somos todos hombres de bien. Nadie os preguntará si habeis sido ó no liberales; no se trata de eso; se trata de ser buenos españoles y de salvar á España. ¡Hombres honrados de todos los partidos, venid á nosotros, que combatimos la demagogia; combatid á nuestro lado, y pensad que cuando ondee sobre nuestras cabezas el noble pendon de la monarquía castellana, nadie tendrá derecho á llamar enemigo al que á su lado se cobije bajo la santa bandera de la patria!

VALENTIN GOMEZ.

EL CATOLICISMO LIBERAL (1).

IV.

«Jesucristo, dicen los católico-liberales, descendió á la tierra á redimir al género humano y á traerle la libertad; por la libertad ha reñido la Iglesia tremendas batallas en todos los siglos pasados; la Iglesia no puede, ni renegar de su obra, ni faltar á su origen; y como la aspiracion suprema del mundo en el siglo xix es la de la libertad, claro es que la Iglesia no ha de divorciarse del mundo; claro que nosotros somos los únicos y verdaderos tradicionalistas, los únicos ortodoxos; claro que la

(1) Véase el número anterior, pág. 361.

escuela fanática que proclama la incompatibilidad del catolicismo con la libertad; la escuela que nos da todos los días la apología del despotismo, causa el mayor daño á la Iglesia, y está fuera de su misión y de su tradición.»

Nada hay que decir contra este modo de razonar, porque para descubrir lo que vale y lo que encubre, bastan unas cuantas sencillísimas preguntas. ¿Qué libertad es la que Nuestro Señor Jesucristo trajo al mundo y ha difundido y defendido antes como defiende y difunde hoy la Iglesia? ¿Qué libertad es la que pide y solicita el mundo por los años en que vivimos del siglo XIX? ¿Se trata de la misma libertad, ó de una libertad distinta?

Sencillísimas, lo repetimos, son estas preguntas, y estaban contestadas categóricamente con la definición de la libertad; pero nunca ha podido obtenerse esa definición de la escuela católico-liberal, y en vano se la apremia y se la estrecha, dando en su nombre las definiciones que ella calla: las rechaza todas, guarda la suya, y sigue hablando de la libertad y ponderando su amor, y el amor de la Iglesia á esa libertad que él no define y que no acierta á definir nadie.

«¿Qué es la libertad?—La libertad.—¿Es el derecho del hombre á profesar todas las opiniones, las verdaderas como las falsas, á defender indistintamente el bien y el mal, ó el mal sobre el bien, ó el mal como bien?—La libertad es la libertad.—Y ¿dónde radica la libertad, y hasta donde llega? ¿Es limitada ó indefinida? ¿Es superior al hombre y á la sociedad, ó cae bajo las reglas sociales que dimanar exclusivamente del hombre?—Es la libertad, y eso basta.—Pero, en fin, ¿qué fórmula, qué sistema ó qué hecho la determinan y la suponen? ¿Fue desconocida de nuestros padres, es incompatible con el régimen antiguo, es peculiar al moderno constitucional ó parlamentario, ó existe solo allí donde una república, mas ó menos socialista y comunista, ha prescindido de todo signo de autoridad, y, en apariencia, de la autoridad misma?—Todas esas preguntas son escusadas; todo queda dicho, en cuanto á la libertad, desde el momento en que se pronuncia ó se escribe la palabra; y es fanático, ultramontano, partidario del despotismo, desconocedor del espíritu del siglo y enemigo de la Iglesia y del género humano, quien no la comprende y pregunta otra cosa.»

De aquí no se saca á los católico-liberales; pero para que se vea lo que ellos son en realidad, con eso basta.

V.

La tendencia de la escuela católico-liberal se dirige mas á entronizar una política determinada que á modificar el catolicismo; solo que, tenaces, como todos los que se fían demasiado de su propio criterio, se ven arrastrados mas allá de donde quisieran ir, en lo que toca á la Religión, por las exigencias de la política y las condiciones en que la política vive hoy, y llegan á veces á presentarse unidos con los enemigos mas irreconciliables de la Iglesia. Aquí se halla otra de las singularidades y contradicciones de la escuela: acusa á los que llama *ultramontanos* de unir la Religión y la política, y ellos son los únicos que, no solo mezclan la política y la Religión, sino que supeditan la Religión á la política.

La esplicacion de la negativa de los católico-liberales á definir la libertad que preconizan, es tan obvia como decisiva para condenar á esos hombres. En el fon-

do, para ellos no hay otra libertad que la libertad parlamentaria, la libertad de perorar y de escribir, dirigiendo las sociedades y los Estados con sus discursos y artículos; ella es el objeto de sus amores y sus afanes; pero aquí se encuentran con un gran peligro inevitable, y al que siempre sucumben. Siendo muy exiguo su número, no pueden por sí solos constituir un partido puro y exclusivamente político, y tienen que unirse con el que acepta sus ideas y sistemas; mas como este no piensa ni en *regenerar* ni en *modificar* el catolicismo; como tiene sus naturales aliados en los hombres que dicen sin empacho que es preciso acabar con el catolicismo y la Iglesia, los católico-liberales se van uniendo á todos los impíos y enfrente de todos los católicos. ¿Y qué importa que rechacen toda mancomunidad de sentimientos con esos hombres, si existe la mancomunidad de las obras, visible en todo y para todo? Su Revista mas autorizada, *Le Correspondant*, está al lado del *Journal des Débats*, y enfrente de *L'Univers*, á quien ataca el *Journal des Débats*, el periódico político parlamentario, unido al *Correspondant*, Revista que se llama *católica*, y á *L'Opinion Nationale*, órgano de los impíos mas encarnizados.

Y no cabe otra cosa. La verdad no se pliega á transigir con el error, y el error no puede transigir con la existencia de la verdad, porque la verdad le mata, y toda concesion hecha al error es una herida que se infiere á la verdad. Los liberales que no se adornan con el dictado de *católicos*, saben muy bien lo que quieren y á dónde van; para ellos la verdad no existe; como Pilatos, creyendo que nadie ha de responderles, preguntan: *quid est veritas?* y en todo caso, por error ó por mala fe, lo que ansían sobre todo es acabar con la verdad; pero los liberales que se llaman *católicos* están en muy distinto caso: ellos saben que la verdad existe, y saben dónde se halla la verdad, y por lo tanto la ofenden gravemente, y su falta no tiene disculpa ninguna. Y como esto es un plano inclinado en el que por el menor resbalon se rueda al fondo, de ahí que los católico-liberales aparezcan, como hoy aparecen, unidos en la lógica de las ideas, ya que no todavía en el crimen de los hechos, á los enemigos mas declarados de la fe.

VI.

En verdad, el aislamiento en que se ve la escuela católico-liberal, que no es otra cosa que un grupo de individualidades aristocráticas, debia hacerles abrir los ojos. Los católicos no pueden, en consecuencia, estar á su lado ni auxiliarles en su propaganda, porque nada pueden tener de comun con los impíos, y no pueden abandonar en poco ni mucho la defensa de la verdad; los impíos, al explotarles, al servirse de ellos para atacar á la Iglesia y á los católicos, les miran con desden y les quitan todos los partidarios que pudieran lograr. ¿Cuántos católicos han pasado á ser revolucionarios por haber escuchado á los católico-liberales? ¡Ay! el número es grande, en tanto que todavía no puede señalarse una sola conquista para la verdad lograda por los católico-liberales. Pero tampoco los tristes resultados que alcanzan les sacan de su error; y es que su error está mas en el corazón que en la inteligencia; es hijo de la vanidad, y la vanidad es ciega á toda luz.

Lo que ha sucedido con el P. Jacinto corrobora cuan-

to acabamos de decir. De las predicaciones y de los discursos y cartas del ex-carmelita cuando llevaba el hábito y vivía en el convento, pero afiliado en la escuela católico-liberal, han sacado argumentos contra la Iglesia y el catolicismo todos los impíos, sin que jamás se haya visto á uno de estos declararse católico ni acercarse siquiera á la verdad. Y bajo otro punto de vista, si alguna duda hubiera podido haber acerca de las causas que han determinado la caída del famoso predicador despues de sus declaraciones publicadas en los periódicos, se disiparía ante la luz que arrojan las dos cartas de su Padre General que tambien han debido hacerse públicas: la vanidad, y solo la vanidad, ha puesto al hijo de Santa Teresa á dos dedos del abismo, del que apenas hay hoy esperanzas de salvarle. El P. Jacinto, preciso es confesarlo, es el verdadero tipo del católico-liberal; en el mismo molde se han fundido todos, y todos corren el mismo peligro que el P. Jacinto, aunque en muchos, por especial gracia de Dios, se mantenga la fe.

Pero, por eso mismo, la caída del P. Jacinto, en las circunstancias en que ha tenido lugar, ha producido y está produciendo un bien inmenso. «El P. Jacinto, ha dicho un sectario cuyo odio á la Iglesia le da una intuición sorprendente; el P. Jacinto ha matado con su carta de apóstata la obra galicana del Obispo de Sura.» Y así, en efecto, ha sido; y no es solo la obra galicana del Obispo de Sura la que ha recibido un golpe de muerte, sino tambien la escuela católico-liberal, que propendía al galicanismo, como á todo lo que se separaba mas ó menos de la verdad inmutable de la Iglesia. Seguramente, no porque el galicanismo y el catolicismo liberal conservaran mayor ó menor prestigio, habia de faltar la inspiración del Espíritu Santo al Concilio, ni habian de ser otros sus decretos; mas, sin embargo, muy de celebrar es que de antemano toda protesta hipócrita quede desvirtuada.

¡Cuán luminosa aparece ya la obra del Concilio! ¡Cuán admirablemente se está preparando todo en el mundo para que todos los ciegos recobren la vista, y la salud todos los enfermos! El mundo no sabe ya por dónde marcha; la confusión que en él reina tiene en la angustia todos los ánimos; hasta las nociones que parecían indelebles en el corazón humano, están poco menos que desvanecidas, y no hay en esta confusión nada que la aclare; no hay para calmar esa angustia lenitivo alguno; no se halla modo ni medio de renovar en los corazones las nociones borradas. Pues en estas circunstancias se reúne el Concilio; en estas circunstancias y de tan alto descende sobre el mundo una nueva difusión de la luz de verdad; y los que ya no querían verla en la Iglesia, tienen que fijar sus ojos en ella, tienen que esponer al contacto de su suave y activo calor los errores en que viven y las pasiones que alimentan. Solo por algunos años triunfante el error, lo ha inficionado todo, y á todos ha puesto en trance de muerte; pero el clamor jubiloso de tanto enfermo curado dará luego vivo testimonio de la existencia y del imperio de la verdad, contra la que nada pueda oponer la hipocresía, ni se deje oír la protesta de la ambición y de la soberbia.

A. J. DE VILDÓSOLA.

LA CUESTION DE ARCHIVOS EN ESPAÑA.

ARTÍCULO II (1).

Origen de los archivos eclesiásticos, principalmente en España.

Sería fácil probar que la Iglesia tenía archivos en la época de las persecuciones, con solo presentar lo que dicen los arqueólogos y canonistas sobre el origen de los notarios eclesiásticos y las funciones que los diáconos llenaban en los Concilios, pues generalmente los Papas y los Obispos se servían de diáconos para escribir las actas de aquellos, notificarlas y comunicarse los negocios arduos y reservados. Ellos eran tambien los que redactaban esas preciosas actas acerca de los mártires, que han llegado hasta nosotros, gracias á su diligencia y esmero, y que el P. Ruinart y otros anticuarios han cuidado de coleccionar.

San Agustín habla de estos archivos eclesiásticos como de cosa muy sabida y conocida, pues en su carta 43, escribiendo á Glorio, cap. ix, núm. 25, dice: *Non cartis veteribus, non archivis publicis, non gestis forensibus aut ecclesiasticis agamus.*

El Papa Símaco, quejándose de la negligencia de algunos Obispos en defender los bienes de la Iglesia, los llama *Custodes potius cartarum, quam defensores rerum creditarum* (causa 16, cuestion 5.^a, cán. 57). Aun es mas importante el testimonio del Concilio metropolitano, que manda establecer un archivo provincial, el cual debía estar en Constantina: *Matricula et archivus Numidiæ et apud primam Sedem sit et in Metropoli, id est, in Constantina* (2).

Pero además de este archivo general y provincial, las iglesias particulares tenían los suyos, pues el Concilio cartaginés del año 525 habla tambien de archivo de aquella iglesia. *Proferantur ex archivo hujus Ecclesie scripta quæ direximus et rescripta quæ sumpsimus* (3).

Y no era solamente en África donde los habia, sino que tambien habla de ellos el Concilio de Agde en 506; y San Gregorio Magno, á fines de aquel siglo, habla tambien de los archivos monásticos en varias de sus epístolas, y da el título de *chartularius* al monje archivero ó encargado de la custodia de los papeles (4).

La Iglesia española, que tantas relaciones y afinidad tenía con la africana, célebre en aquel tiempo, es bien seguro que tampoco carecería de ellos, mucho mas cuando los habia en la Galia Narbonense, á donde correspondía Agde, la cual entonces dependía de España.

De todas maneras, consta que tenían archivos las iglesias en la época de los visigodos, y así lo consigna una disposición de Ervigio del año primero de su reinado, 685 de Cristo, en la cual manda que las profesiones de fe que hicieran los judíos al tiempo de convertirse, las guarde cada Obispo en el archivo de su iglesia: *Sollicita diligentia unusquisque sacerdos eas ipsas professiones in archivis suæ Ecclesie recondat.*

Hállase este documento en un códice de Federico

(1) Véase el número anterior, pág. 366.

(2) Véase el tomo II de la *Colección de L'Abbé*, columna 2,001.

(3) D'Acheri, *Spicilegium*, tomo VI.

(4) Véanse, entre otras, la 17 del libro VII, 3.^a del libro II, y 18 del libro VII.

Lindembrog, citado por el célebre anticuario P. Jaime Caresmer, en su precioso discurso acerca de *la autenticidad de las escrituras contenidas en los archivos*, en el cual podrán los aficionados encontrar muchos mas datos curiosos acerca de esta materia (1).

Así que no puedo convenir con la opinion del erudito D. Facundo de Porras Huidobro, que en su *Disertacion sobre los archivos*, impresa el año 1830, supone que los archivos eclesiásticos de España datan de la segunda mitad del siglo VIII, pues no se hallan documentos anteriores al año 736, y que los presentados como mas antiguos son meras copias (2). Claro está que los antiguos archivos perecieron completamente en la invasion sarracena, como se perdieron tambien todos los edificios y alhajas de las iglesias, y que por tanto los actuales archivos tienen que ser posteriores al año 711; pero de ahí no se infiere que la Iglesia de España no tuviese archivos anteriormente, ni tampoco basta para fijar la antigüedad de un archivo la existencia del documento mas antiguo, pues se encuentran documentos muy antiguos en archivos modernos.

Lo cierto es que en el siglo IX tenían bibliotecas y archivos nuestros monasterios setentrionales. San Eulogio, Obispo de Córdoba, al visitar los monasterios de San Zacarías y otros, en las vertientes del Pirineo, encontró allí bibliotecas monásticas á mediados del siglo IX (850), y de ellas trajo á Córdoba varias obras poéticas (3): *In quibus locis multa volumina librorum reperiens abstrusa et pene à multis remota huc remeans, suo nobis regressu adduxit*. Obsérvese que no eran escasas aquellas bibliotecas, pues dice que tenían *multa volumina librorum*. No eran solamente ascéticos ó teológicos aquellos libros que llevó San Eulogio, sino tambien de poetas latinos y varia literatura, pues trajo de allí á Córdoba copias de la *Eneida* de Virgilio, las *Sátiras* de Juvenal y Horacio, y los opúsculos de Porfirio, con dibujos (*depicta opuscula*), los epigramas de Adhelmo y las fábulas de Avieno, con otras varias obras curiosas. No todos convienen en que las palabras *depicta opuscula* signifiquen *libros ilustrados*, ó con pinturas; pero las objeciones en contra tampoco son muy fuertes.

No eran, pues, tan atrasados los monges del Pirineo y de Navarra cuando daban libros á los sabios de Córdoba; ni tampoco era la biblioteca de San Eulogio la única que habia en poder del clero católico en aquella ciudad, pues el presbítero Leovigildo tenia una de setenta y dos volúmenes, gran riqueza para aquellos tiempos. El poeta cordobés Alvaro dedicó un epigrama á esta biblioteca (4), en que se leen estos versos:

Hæc Leovigildi vigor obiter in unu rededit
Septuaginta duos mittens sub vargina (5) biblos.

Esto sucedia en España y en nuestros monasterios colindantes con Francia, cuando apenas en otros países de Europa habia asomo de archivos ni bibliotecas civiles, y cuando los Emperadores, Reyes y magnates ni siquiera sabian leer, cuanto menos escribir.

Carlomagno, el célebre Emperador, no solamente no sabia escribir, sino que ni aun logró aprender, á pesar de sus esfuerzos, segun dice su secretario y biógrafo Eginardo (1). Withredo, Rey de los cancios, suscribe en un Concilio poniendo la cruz *pro ignorantia litterarum*, y lo mismo hubo de hacer el año 877 Heribaldo, conde del Sacro Palacio: *propter ignorantiam literarum*. Bien es verdad que muchos siglos despues nuestro don Fernando el Católico escribia de manera que su letra (si así pueden llamarse sus garabatos) es la desesperacion de los paleógrafos, y algun escritor moderno ha negado que supiera escribir. Lo cierto es que escribia pésimamente.

Por ese motivo tenían aquellos señores y príncipes de los siglos IX y X que valerse de los clérigos y monjes, que les servian de lectores y amanuenses, y á ellos tenían igualmente que confiar sus archivos. De Ludovico Pio consta que tenia archivo, y tambien Cárlos el Calvo, en el año 868, manda en una capitular á los Obispos que custodien en los suyos los privilegios pontificios y las confirmaciones reales.

Todavía en España, á principios del siglo XII, tenían los Reyes secretarios y amanuenses clérigos y monges. D. Alfonso el Batallador tenia en su secretaría por *gramático* al Abad de Tudela. El gramático era el que traducia los documentos del romance al latin; pues aunque se ha querido suponer que el *romance*, ó sea *castellano*, principió en España á fines del siglo XI, en tiempo de D. Alonso VI, y con motivo de la conquista de Toledo, es lo cierto, y está ya casi fuera de duda, que se hablaba mucho antes, no solo en Castilla, sino lo que es mas, en Aragon y en las montañas de Jaca (2). Así que los Reyes de este país llevaban el clérigo ó monge, que traducia los documentos del castellano al latin en ese lenguaje híbrido y bastardo, cuyo estudio es tan importante para la formacion de nuestro idioma. Este personaje suscribe los documentos con el título de *Gramático* (3).

Ni en aquellos siglos ni en los siguientes hay idea, ni aun remota, de archivos ni bibliotecas civiles en España; pero pudieran amontonarse noticias de unos y otras en nuestras catedrales y monasterios desde aquellos tiempos, especialmente en Galicia, Rioja, Leon, Segovia y otros puntos.

El año 905 San Genadio, Obispo de Astorga, deja su biblioteca al monasterio de San Pedro, que era el principal de los que habia fundado en aquellos parajes, antes desiertos é incultos (4). Pocos años despues (922), D. Ordoño II hizo un regalo de libros al monasterio de Samos (5).

(1) *Tentabat et scribere... sed parum prospere sucesit labor prope posterus ac sero inchoatus.*

(2) En una donacion de D. Sancho el Mayor á los niños escolanos de San Juan de la Peña, dice que les da *unam estimam... usque ad illas pinnas de las tortillas*. Estas últimas palabras indican que por allí se hablaba ya romance; para decir *las penas de las tortillas* no halló el otorgante otro modo de espresarlo. (Briz Martinez, *Historia de San Juan de la Peña*, pág. 301.)

(3) En el Concilio de Pamplona de 1023 firma con el Rey *Arduinus grammaticus et scriptor hujus testamenti*. En 1125 firma D. Estéban, Abad de Tudela, titulándose *Grammaticus Adefonsi Regis*. Véase el apéndice 7.º del tomo I de la *España Sagrada*. Todavía en los privilegios de D. Jaime el Conquistador, en 1219, se pone el nombre del *Gramático del Rey*. (Véase el apéndice 47 á la pág. 439 de dicho tomo.)

(4) *Restat autem... ut cæteros libros tam divinos, id est Bibliothecam totam (Bibliam...?)* Sigue enumerando los libros que dejaba al monasterio.

(5) *España Sagrada*, tomo XIV, ap. 3.º

(1) Véase el canon 9 del Concilio 12 de Toledo, donde dice lo mismo: *Episcopi... professiones eorum vel conditiones in scriniis Ecclesie condant.*

(2) Cap. IV, párrafo primero, *Archivos públicos eclesiásticos*.

(3) *España Sagrada*, tomo X, pág. 573.

(4) *España Sagrada*, tomo XI, pág. 285.

(5) Así dice: quizás equivalga á la palabra *vagina*, entendiéndose la caja ó depósito de ellos.

El archivo de la catedral de Astorga fue quemado por Ecta, hijo de Rapinado (*Rapinadiz*), hácia el año 1026 (1).

De la biblioteca de la catedral de Vich hay noticias de principios del siglo x (año 910), y se aumentó por las donaciones del canónigo Ermemiro (2). Esta biblioteca se hallaba muy bien cuidada á fines del siglo pasado.

El monasterio de Ripoll tenia ciento noventa y dos códices á mediados del siglo xi (1047), y entre ellos el célebre *psalterium argenteum* (3).

Finalmente, el Abad de Montserrat llevaba el título de bibliotecario mayor de los Reyes de Aragon (4).

En 1044 los canónigos de Barcelona compraban á Raimundo Seniofredo dos gramáticas, dando por ellas un casall sito en el call de Barcelona y una tierra sita en Mogoria (5). Esto prueba por una parte la escasez de libros, pero por otra que el clero no reparaba en sacrificios para adquirirlos.

Hasta los templarios tenian bibliotecas en sus monásticos castillos, y consta que los libros de los aragoneses fueron entregados al Rey D. Jaime en Daroca (6). Los pertenecientes á los templarios catalanes fueron entregados en Miravet (7). Pero lo que no consta es lo que se hizo de ellos luego que el Estado se apoderó ó incautó de aquellos códices. Por lo que ha sucedido en nuestros dias, podemos calcular lo que sucedería entonces.

Y es de notar que los Reyes, como quien dice el *Estado*, se hallaban entonces, en el siglo xiv, tan ricos de libros, que Carlos III de Navarra tuvo que comprar un romance llamado *Lancelot*, para que aprendiera á leer su hermano Leonel, y un libro de Ovidio, que habia sido del conde de Fox (8).

No se debe omitir tampoco que la Iglesia fue la primera que echó los cimientos de los estudios de diplomática en la preciosa decretal de *fide instrumentorum*, digna por este motivo del mas grato recuerdo.

Parecerá quizás poco oportuno descender á estos pormenores y tomar la cuestion desde tiempos tan remotos; pero, sobre que es muy poco lo que en España se ha escrito sobre esta materia, no será tiempo perdido el recordarlo para los que ya lo sepan, que no serán muchos, y para otros no estará de mas el probarlo, hoy dia que se niega todo lo que se ignora, y prevalece la tremenda filosofía de la negacion y el escepticismo, contenida en la fórmula *Quod nescio nego*.

VICENTE DE LA FUENTE.

LAS RAZAS PROSCRITAS.

LOS GITANOS.

Hay derramada por el haz de la tierra una especie

(1) *Surrevit Ecta Rapinadiz et filiis suis* (asi dice). *et apprehenderunt omnes scripturas, et cremaverunt.* / *España Sagrada*, tomo xvi, apéndice 18.) El motivo que tuvieron aquellos hijos de Rapinado (el apellido era significativo) para quemar las escrituras, fue para apoderarse de los bienes de la Iglesia, que administraban ellos.

(2) Id., tomo vi, carta 47.

(3) Villanueva, tomo viii de su *Viaje literario*, pág. 35.

(4) Id., tomo vii, pág. 174.

(5) Hemos visto esta noticia dada de un modo confuso y como por burla en un periódico, diciendo solamente por cita que la escritura está en el archivo de la Corona de Aragon en Barcelona.

(6) Id., *Viaje literario*, tomo iv, pág. 200.

(7) Id., tomo v, pág. 187.

(8) *Diccionario de antigüedades de Navarra*, por Yanguas. V. Ciencias.

misteriosa que nadie sabe de dónde viene, que todos ignoramos á dónde va; que conserva en sus hábitos, en su carácter, en su jerga característica toda la pureza de su primitivo origen; casi me atreveria á decir que es un eslabon perdido de la humanidad, si no comiesen, si no anduviesen, si no hiciesen uso, por fin, de las privilegiadas cualidades que Dios solo confió al ser hecho á su imágen y semejanza. Estos son los gitanos; los gitanos, que, como el pájaro, anidan en cualquiera parte, y que con la misma facilidad que este abandonan el árbol de donde han colgado su nido sin verter una lágrima al dejar el sitio donde sus hijos nacieron, donde sus padres están enterrados. Los gitanos han resuelto un problema difícilísimo, y todos los dias nos lo están demostrando. ¿Se puede vivir sin casa, sin hogar, sin recuerdos, sin patria últimamente? Este riquísimo plantel de tan puras emociones, que siempre contemplan nuestros ojos cubierto de abundantes y lozanas flores, que hace palpar nuestro corazon con alegría, en el que nacemos, por el que vivimos, y el que recibe nuestros frios despojos, ¿será posible que no diga nada, que haya alguien para el que permanezca mudo? Indudablemente es así.

Los gitanos, á semejanza de los germanos de que nos habla Tácito, tienen su mundo en su carro, que pasean por todo el universo con una vertiginosa rapidez. En él viven, en él mueren, en él se reproducen. En tan estrecho recinto llevan sus leyes, sus ilusiones, su porvenir, su presente, todo. El gitano se burla de los poderosos de la tierra, no reconoce sobre él ninguna ley, evita con majestuoso desden todo contacto que no sea con los de su raza, y ningun recuerdo dejan en las poblaciones, donde llegan tan de improviso como se van, á no ser el eco de sus melancólicas canciones, alguna gallina de menos ó algun jaco que les ha seguido contra la voluntad de su dueño. Observadles. Llegan á un pueblo, y eligen para fijarse el sitio mas sombrío y apartado. Diríase que tienen algun gran crimen que ocultar; pero la verdad del caso es que prefieren vivir fuera de las poblaciones, porque de este modo no están tan al alcance de la ley por los robos que cometen, que, aunque pequeños, componen su mas lucrativa ocupacion. El gitano todo lo aprovecha. Desempeña en un basurero el mismo papel que el huron en la caza de conejos. Un peine roto, un retazo de tela, un cacharro inútil, todo le sirve. Por Europa pasean sus harapos con asombrosa impavidez, y son conocidos en todas partes: los franceses los llaman *bohémios*; los holandeses, *heidenen* (idólatras); los árabes, *charami* (ladrones); los húngaros, *faraonitas*; los ingleses, *egipcios*; los alemanes, *zingaros*.

El origen de los gitanos hay que buscarlo en el Egipto. De allí provienen, de allí han salido para llevar al Asia, al Africa y á nuestra Europa la noticia de su existencia. El por qué de su eterna y fantástica peregrinacion, lo esplican ellos mismos por tres versiones diferentes. Dicen que así expían la gran falta que cometieron por haber preferido la religion de Mahoma á la de Jesucristo, de la que apostataron. Otros creen que su castigo proviene de no haber querido dar hospitalidad al Niño Jesus en su huida para Egipto. Otros encuentran en ellos los descendientes de los verdugos de que Herodes se sirvió para la degollacion de los Inocentes. Sea de esto lo que quiera, lo cierto y evidente es que los gita-

nos, á semejanza del judío errante, están invariablemente sujetos á no encontrar en la tierra un sitio donde puedan fijar sus tiendas permanentemente; y como esto es tan extraordinario, tan opuesto á la organizacion humana, no podemos menos de confesar que aquí está manifiesta la mano de Dios; y como Dios no hace ni puede hacer nada que no sea justo, encontramos que esta raza proscrita expía la mas terrible de las faltas con el mas terrible de los castigos. El corazon de esta raza tiene una manera muy distinta de sufrir que el de la nuestra. Algunas veces he reflexionado si en su estoicismo serán indiferentes al dolor. ¿Puede haber nada mas consolador que ver reflejada, á nuestra aproximacion, en la cara de los demas, la desconfianza, el horror muchas veces, la compasion siempre? ¿Existirá nada mas mortificante que, al levantar nuestros ojos al cielo, no pensar que allí está el alma, la esencia, el espíritu de los seres á quienes tanto amamos en la tierra, y que nos precedieron en la final partida? Ignorar que tras ese inmenso cortinaje azul encuentra el bueno un eterno y apacible reposo, y al mirar hácia la tierra no hallar en ella nuestro hogar, no poder decir cuál es nuestra patria, en una palabra, no encontrar esperanzas en el cielo ni realidades en la tierra, esto es vivir sin presente ni porvenir, sin ilusiones ni recuerdos, y sin embargo vivir; esto parece imposible: ante una situacion parecida se siente en el corazon el frio de la muerte, y este imposible es el que realiza el gitano con su misteriosa existencia. El cielo, la tierra; el mundo que nos aguarda y el mundo que nos sostiene. Entre nosotros hay quien no espera nada de la tierra, y todo lo aguarda del cielo; hay quien espera mucho de la tierra y la suprema felicidad del cielo; y hay, preciso es confesarlo, esos desgraciados hijos de la filosofía racionalista de Voltaire y del autor de las *Cartas á Eugenia*, que no ven nada en el cielo y todo lo encuentran en la tierra. ¿Se puede ser mas desdichado? Sí: los gitanos son mas aun, mas desgraciados que los que solo creen en las inspiraciones de la *diosa Razon*.

Estos viven el tiempo que el Supremo Hacedor les tiene marcado, sin ilusiones, sin esperanzas, para despues de morir, es verdad; pero aman la vida, tienen un presente que procuran conservar, se rodean de su familia, y cuando llega el instante de abandonar todos estos objetos tan caros, se estremecen: el gitano vive sin presente ni porvenir; muere lo mismo que vive, con una suprema indiferencia; igual le da ser enterrado al pie de un árbol, que permanecer insepulto; lo mismo le importa servir de pasto á los gusanos, que ser devorado por las fieras. Por eso dije antes que deben ser insensibles al dolor. Y sin embargo, ninguna naturaleza tan dispuesta á la sensibilidad como la de esta raza proscrita. Al contemplar sus ojos rasgados y llenos de fuego, su tez tostada, sus cabellos negros y hermosos, su arrogante estatura, sus labios encendidos, diríase que en su pecho se oculta un corazon henchido de emociones. Los gitanos ofrecen en su carácter un conjunto de las mas opuestas contradicciones. Son miserablemente escépticos y miserablemente supersticiosos; son los primeros viajeros del mundo, y al mismo tiempo exageradamente indolentes; son cobardes como un niño, y no obstante es muy de temer su cólera; son taciturnos como la estatua del silencio, y á

vecés su palabra es viva, chispeante, llena de gracia y originalidad. Pero ya se encuentren bajo el dominio de una impresion ó de otra, su carácter escede los límites de lo natural, pues proceden impulsados por su volcánica imaginacion. En nuestra España, donde fijan su asiento ordinariamente es en Andalucía. El clima, carácter y costumbres de este pais se aviene mejor con su temperamento.

Los andaluces, á pesar de su feliz ingenio y de su espíritu burlon y malicioso, se encuentran siempre inferiores cuando luchan con los gitanos. Estos llevan constantemente en sí todas las señales de su primitivo orientalismo. Á las mujeres les gusta estremadamente vestir los mas exagerados y llamativos colores. Su modo de andar y sus miradas son provocativos, sus dientes son blancos y pequeños, sus espresiones misteriosas, y pretenden, de buena ó de mala fe, leer en el porvenir. La mas predilecta ocupacion de la gitana es entretenerse en decir *la buena ventura* á los que, demasiado cándidos ó demasiado burlones, gustan de su pintoresca cháchara. Rechazan con empeño decidido toda proposicion matrimonial que no sea con uno de su raza, y entre los mil ejemplos que de esto hay, se cuenta que, habiendo querido casarse uno de los mas opulentos lores con una gitana, esta le despreció tenazmente. Tienen una pasion decidida por la música que hemos convenido en llamar *flamenca*, y aquí es donde la gitana reina sin encontrar rival.

Su voz es fresca y penetrante; lleva sus giros á donde ella quiere; ya es apasionada y tierna como el último canto del cisne, ya es vigorosa y sonora cuando espresa los celos ó la ambicion, ya altiva y sarcástica cuando quiere aparecer desdeñosa; pero siempre dulce, siempre vibrante, siempre conmovedora; sus ojos son el espejo fiel de su canto: ora se entornan, y sus largas pestañas sombrean la atezada piel; ya se entrebren y se sonrien con toda la pureza del niño que duerme en la cuna, ó ya arrojan miradas terribles que luego se tornan en suplicantes y humildes. La gitana, cantando ó bailando, está soberbia de hermosura, y espresa, con toda la salvaje fiereza de su raza, los sentimientos que la conmueven. Se acompaña de la pandereta y de sus tradicionales castañuelas; y al contemplarla con su risueño traje, su música melancólica y espresiva, su indolencia sin fin, presencia el espectador una escena fantástica y llena de colorido. ¿Dónde han aprendido esta música, dónde la letra de qué se sirven?

Desafío á todos los músicos y á todos los poetas del mundo á que me digan de qué escuela procede una y otra. Pero lo que sí es positivo es que una y otra están llenas de ternura y de la mas punzante espresion. Los gitanos son músicos y poetas. Algunos músicos, tanto nacionales como extranjeros, han querido encadenar á la frialdad del pentágama estas notas sueltas, tan ricas de espresion; pero han desfallecido ante la dificultad de la empresa. Y esto, ¿por qué? Porque la ardiente fantasía de esta raza proscrita no se sujeta nunca al mismo tono ni á las mismas notas. Es verdad que una cancion se parece á la otra, pero no es igual; hay otros giros nuevos que la misma *cantaora* desconoce; canta así, porque hay algo en su corazon, que desenvuelve valiéndose de esos caprichosos ecos, á semejanza del pájaro que gorjea

siempre, y siempre de distinto modo, sin darse cuenta de ello. En su cancion se observa á veces la inmensa soledad de los arenales de Egipto, se ve la tranquilidad con que el plateado Nilo se enrosca á su alrededor, y se oye zumbar al *simoun* que envuelve las tostadas arenas hasta convertirlas en elevadísimas montañas, y silba por el desierto, que se conmueve fuertemente á su presencia.

La gitana ama las flores, y se las pone con una gracia imponderable. Sin necesidad de espejo coloca una rosa en sus cabellos lustrosos con una naturalidad que parece que ha nacido allí. Así como la mision de la gitana parece que se reduce á cantar, bailar y decir *la buena ventura*, del mismo modo su inseparable compañero, el gitano, se pinta solo para convertir el mas escuálido *Rocinante* en un gallardo *Bucéfalo*. El gitano es el inseparable del caballo; ginetes, como son, de primer orden, no hay mas remedio, ó el caballo sigue al gitano, ó el gitano roba al caballo. Hacen las mas caprichosas metamorfosis con este noble animal. Les cambian el color de la piel, les aumentan sus colas, sus crines, sus dientes, si están desprovistos de ellos, y sucede con mucha frecuencia que en una feria venden un caballo que se cae de viejo y de enfermo, como si fuera jóven y estuviese lleno de vigor.

El gitano es el rey de la feria. Conocidos en este terreno con el nombre de *chalanes*, convencen y dominan al mas experimentado caballista. Bajo su dominio, el caballo que tratan de vender, y que ya está cercano á dar el postrer suspiro, corre desalentado y verifica los mas caprichosos y retozones cambios; diríase que el pobre animalito comprende que va á tener otro dueño menos hereje, y ayuda todo lo que puede al gitano. Verdad es que este no necesita ningun auxilio, pues con su charla infinita marea al comprador, que confiesa por último que aquel pobre jaco es el mismísimo caballo Pegaso. Tambien se dedican á trasquilar perros, y en este humilde oficio tienen una ligereza y habilidad poco comunes.

Estas son las ocupaciones á que en nuestro pais se dedican los gitanos; por ellas se ve su carácter indolente, y se comprende que es una raza sin dignidad; prefieren esta vida á cualquiera otra, y no hay poder humano capaz de arrancarles de tan miserable existencia. Varios monarcas, entre ellos José II y María Teresa, Emperadores de Alemania, hicieron los mayores esfuerzos para atraérselos, concediéndolos terrenos en la Transilvania y el Banat; pero muy pocos se acogieron á tal concesion.

Parece que la terrible maldicion que Dios arrojó sobre el primer asesino pesa todavía sobre esta raza misteriosa. En otros paisés desempeñan oficios tan humildes y rastreros como en el nuestro, cuando no son infamantes, como en Hungría, que los emplean en el horrible papel de verdugos. ¿Cuál será el porvenir de estos desgraciados seres? Pero ¡ah! su porvenir es como su presente: una horrible negacion; vagar eternamente por la tierra, sin poder llamar hermanos á los que tenemos un Altar y una patria.

J. R. y P.

CRONICA DEL CONCILIO (1).

I. Proximidad del Concilio ecuménico; 1769 y 1869; discurso del diputado italiano Ferrari; nuevas evoluciones de *La Correspondencia italiana*; M. de Montalembert y el mensaje de Coblenz; respuesta de un teólogo alemán á este mensaje.—II. Bibliografía; *Historia de los Concilios*, por el Dr. Héféle; discusion de una opinion del sabio doctor; opúsculo de Mons. Segur; folleto del presbítero Cristophe; el Concilio ecuménico, por el presbítero Jaugey.—III. Hechos diversos; comuniones para el éxito del Concilio; la columna del Concilio; esposicion universal en Roma; tributo de la ciencia al Concilio.

I.

El Concilio ecuménico del Vaticano, objeto de tantas esperanzas, de tantos temores y de tanta saña, se reunirá antes de dos meses: todo se prepara, y la agitacion de los enemigos de la Iglesia se aumenta. Nada mas curioso, y, para el que sabe reflexionar, nada mas instructivo que tal espectáculo. Dicen que el catolicismo se muere, y todo el mundo se conmueve porque algunos centenares de ancianos, que no poseen otras armas que la oracion, la ciencia y la virtud, se van á reunir en Roma bajo la presidencia de otro Anciano, que es el Jefe de la Iglesia católica. Dicen que el Pontificado es una institucion decrepita, una de esas ruinas de la Edad Media que se derrumban al menor choque, y esta ruina contempla precipitarse á su alrededor los reinos y los imperios, y esta institucion sobrevive á todas las demas, aun á aquellas que se las creia de una solidez á toda prueba, y ha sido bastante una sola palabra del Papa para que el universo entero se resienta, para que los hombres de Estado se inquieten, para que la ciencia incrédula, para que la impiedad se sintiesen amenazadas en sus fortalezas, reputadas como invencibles.

No hace mucho tiempo que se celebraba en Francia el primer centenario del nacimiento de Napoleon I; compárese la situacion religiosa del mundo en 1769 y 1869, y júzguese despues. En 1769 todo se habia conjurado contra la Iglesia; Voltaire reinaba en toda su gloria, Luis XV en todos sus escesos, y los príncipes católicos, impulsados por sus ministros y por los filósofos, parecia que se habian empeñado en llenar la Santa Sede de amargura, en paralizar la accion de la Iglesia, y en impedir su defensa, mientras que, á pesar de las leyes, dejaban toda libertad á las predicaciones de la incredulidad y de la corrupcion. Los Jesuitas estaban proscritos, y Voltaire recibia vergonzosas ovaciones en Paris; la libertad de la Iglesia estaba encadenada: en Francia, España, Nápoles y toda la América española, por las doctrinas galicanas; en Austria, por el josefismo; y, lo que aun era mas sensible, el mismo clero, ó se regocijaba de los golpes que sufría la autoridad de la Santa Sede, ó los aplaudia. Era de buen tono ser irreligioso, era de buen tono ser libertino. ¿Acaso 1869 no vale mas que 1769? Sin duda los hombres de Estado y los soberanos no comprenden todavía cuánto convendría á sus intereses, y á los de la sociedad, volver á la política cristiana y seguir los consejos de la Iglesia; pero ¡cuántas cadenas se han roto! ¡Cuántas trabas se han destruido! Es cierto que la impiedad y el escepticismo no han sido aun derrotados; pero ya no son de moda, y no es seguramente á los que hacen irrision del Viérnes Santo á los que la socie-

(1) Véase el número anterior, pág. 346.

dad quiere confiar el cuidado de sus destinos. El galicanismo, todavía acariciado por ciertos políticos, se ve repudiado por el clero; el josefismo, que procuran vuelva á levantarse en Austria, se destruye entre sus propias manos; la última revolucion de España dará por resultado reanimar el espíritu católico en este hermoso y desgraciado país. Y durante todo esto, la Prusia protestante hace cumplidos á la Santa Sede, cumplidos hipócritas, es posible, pero la hipocresía no deja de ser un homenaje; Inglaterra destruye unas tras otras las leyes que mas podian molestar á la católica Irlanda, y si Rusia trabaja en su interior por el aniquilamiento del catolicismo, la Iglesia se levanta en Inglaterra, en Holanda, en Turquía, donde es libre, en muchas de las repúblicas españolas de América, donde los Concordatos aseguran la libertad de su accion, en los Estados-Unidos, y se derrama por las inmensas regiones de Asia y de América que hasta ahora han permanecido idólatras.

Verdaderamente, comparando estas dos fechas, 1769 y 1869, los católicos no tienen motivo para asustarse. En 1769 todo conspiraba contra la Iglesia; en 1869 podemos decir que todo conspira á su favor, y de estos mismos defectos, defectos aparentes, es de donde ha obtenido su fuerza actual, porque sus enemigos se han asustado del inmenso vacío que queda sin ella; sus hijos se han despertado, y la serie de los acontecimientos se ha convertido en una clarísima luz que ha iluminado las inteligencias de buena fe.

De ahí arrancará la fuerza del próximo Concilio, que arrojará una luz mas viva aun al indicar la verdadera doctrina de la Iglesia sobre los puntos oscuros, al reformar los abusos que se deslizan por donde quiera que hay hombres, y al llamar la atencion de las inteligencias mas poderosas sobre aquellos problemas religiosos que al mismo tiempo son los mas importantes problemas de la política y de la ciencia social.

Los mas determinados enemigos de la Iglesia lo saben muy bien, y nosotros sentiríamos no reproducir aquí las notables declaraciones que acaba de hacer en un banquete en Milan el diputado italiano Ferrari, grande interpelador sobre el Concilio, del que ya nos hemos ocupado. Por todas las ciudades de Italia paseaban no há mucho, como todo el mundo sabe, al diputado Lobbia, que estuvo á punto de ser víctima de un asesinato por haber descubierto ciertas *anexiones* no políticas de sus colegas. El 6 de agosto llegan á Milan. Banquete y discurso; esto es indispensable en los programas de esta clase de exhibiciones. El vino ha sido muy malo, y la comida fementida: *il vino pessimo è il pranzo scellerato*, ha dicho uno de los concurrentes, el ex-diputado Cighetti. Los discursos estuvieron sin duda en relacion con la comida; pero el brándis del diputado Ferrari fue una escepcion, contra la intencion del honorable, nos complace creerlo, porque este brándis fue una espléndida apología del Concilio.

M. Ferrari ha hablado, pues, en el banquete de Milan; hablando, no podia dejar de ocuparse del Concilio, que es su pesadilla, y lo ha hecho tomando pretesto de algunas palabras de su comensal y colega el diputado Curti.—Traducimos:

«Mi honorable amigo Curti, dijo bromeando sobre el futuro Concilio ecuménico, me obliga á defenderme,

lo que verifico en seguida con la certeza de que mis opiniones serán las suyas.

»¿Es exacto decir que la interpelacion sobre el Concilio no era necesaria? ¿Pero no es Italia la nacion mas amenazada por él? ¿Podíamos callarnos cuando se hablaba en el Cuerpo legislativo de Francia, y que Baroche (*sic*) prometia mantener las tradiciones galicanas? Al callarnos, ¿no nos hubiéramos declarado vasallos de Francia, incapaces de resolver por nosotros las cuestiones que nos interesan, é inferiores á nuestra soberanía?

»Ese Concilio será un *club* permanente de todos los eclesiásticos, reunidos contra nosotros. Sabemos que los designios del Papa, de los Cardenales, del *Consistorio* de los Obispos, de los Prelados y de los escritores de la Iglesia, son considerar, todos unánimes, como un sacrilegio el reino de Italia. Por muy ocultos que sean los trabajos preparatorios del Concilio, es evidente que hay en ellos proyectos liberticidas, envueltos en los misterios de las congregaciones jesuíticas, y deploro que el Parlamento haya cubierto con un silencio vergonzoso asunto de tantísima importancia. Os recuerdo que explícitamente he dejado la responsabilidad de tal silencio á los señores ministros.

»No se me hable de la impotencia de esta Asamblea, y de la ventaja que habria al consentir que se reuniera y disolviese sin prestarla atencion. No, señores: una Asamblea que se compone de todos los Prelados de la cristiandad, que reúne todos los eclesiásticos *asalariados* del mundo católico; una Asamblea delante de la que no se atreven á esplicarse todavía los gobiernos de Europa, ni á decir cómo y con qué condiciones dejarán á su clero que intervenga en ella; una Asamblea que á la vista encuentra ya tan respetuosos los mismos Estados protestantes, y aun los Estados revolucionarios, á que amenaza, NO ES CIERTAMENTE IMPOTENTE, *y seria un acto pueril combatirla con armas demasiado débiles.*

»Si no podemos trazar una conducta á todos los gobiernos de Europa, ni obligarles á adoptar nuestras miras, ¿no es al menos una obligacion para nosotros, en medio de esos horrores, demostrar un derecho?

»Pero, como veis, estoy de acuerdo con vosotros y con mi amigo Curti, y debo estarle agradecido, porque, al bromear sobre el Concilio, me ha llamado la atencion de una manera imprevista acerca del verdadero significado de esta reunion, en la que no podemos olvidar que somos electores, elegidos ó elegibles; que estamos en familia, y que debemos hablar claramente de nuestros negocios, tanto mas cuanto que los amigos de otras provincias que están aquí presentes, principiando por el honorable Lobbia, podrán decir en otras partes de Italia cuáles son los sentimientos de la democracia milanesa.»

M. Ferrari es un filósofo que hace, mas ó menos alto, profesion de ateísmo: es un pensador-libre y un republicano; nos parece que sus declaraciones tienen importancia. Reconoce que todos los católicos se han puesto de acuerdo para mirar á Italia como el resultado de un robo sacrilego; que el Concilio ecuménico será una Asamblea poderosa, á la que los Estados protestantes y revolucionarios no encuentran mal tratar con respeto, y que no es con las armas del desden con las que se le podrá combatir: M. Menabrea deberá meditar estas confesiones y

renunciar á las maniobras de que todos los días se hace órgano *La Correspondencia italiana*.

Pero M. Menabrea se encuentra con fuerzas para luchar contra la obra divina que se prepara en Roma: trabaja en la misma Roma; trabaja en su *Correspondencia*; trabaja cerca del gobierno francés; ¿con qué éxito? nadie lo ignora. Ha enviado un agente á Roma, encargado de ocuparse del Concilio, y de hacer temer al gobierno pontificio la próxima retirada de las tropas francesas; en Paris se esfuerza para obtener esta retirada, que le niegan siempre; en su *Correspondencia* persiste en consignar todos los hechos que pueden parecer poco favorables al Concilio, y anhela indisponer á la vez á los gobiernos extranjeros y á los Obispos de Italia contra los designios de la Santa Sede. Reitera á los gobiernos que Pio IX no les guarda miramientos al pronunciarse definitivamente contra la admision de embajadores, príncipes y Estados al Concilio (1), lo que es falso, pues aun no hay nada resuelto sobre este punto; tanto, que las sillás de los embajadores se han preparado provisionalmente. Indica á los Obispos de Italia y á los Prelados romanos que el Concilio podria muy bien «demoler la supremacía de Italia sobre el mundo católico (2).» Despues de haber recordado á su manera lo que pasó en los Concilios de Constanza y Trento:

«¿Quién puede responder, dice *La Correspondencia italiana*, que el próximo Concilio no querrá tambien derrocar la supremacía de la Iglesia? Las muestras de impaciencia con las que el clero y los legos de las naciones extranjeras consienten la superioridad italiana, no pueden haber pasado inadvertidas á la proverbial sagacidad de la corte romana. Nadie ignora el deseo, muchas veces manifestado, de ver un Papa extranjero en la Sede de Roma, pensando que prolongará la existencia del Pontificado temporal. Nadie ignora tampoco las desconfianzas que despierta fuera la preponderante influencia de los nombres italianos en las congregaciones, en el Sacro Colegio y en el Cónclave. Todas estas consideraciones pesan sobre los espíritus serenos y previsores, y les obligan á que contemplan con temor el Concilio. Podria suceder muy bien que este Concilio, sobre el que se agrupan tantas y tan altas esperanzas, contribuyese á la completa ruina de la influencia italiana en la Iglesia. Pero este asunto atañe principalmente al Episcopado italiano y romano. Hemos creído de nuestro deber hacerle esta advertencia *in extremis*, y no volveremos en adelante á ocuparnos de este particular sino lo menos posible.»

Varias veces hemos propalado ya las opiniones de *La Correspondencia italiana*, que se vuelve y se revuelve como una serpiente, abandonándose á mil evoluciones para impedir, ya la reunion, ya el éxito del Concilio. Busca auxiliares por todos lados: en los gobiernos, donde ha tenido la dicha de encontrar al príncipe de Hohenlohe; en el Episcopado, donde hasta ahora no ha reunido uno solo; en el clero, que no le ha provisto sino de algunos reclutados á la manera de los presbíteros de *El Estandarte*, de tan triste recordacion; en los legos, que no le han dado las mismas satisfacciones que en Alemania, donde los *ilustrados* se manifiestan tan poco al corriente en materia de religion.

(1) *Correspondencia italiana*, 1.º de agosto de 1869.

(2) Idem id. del 2 de agosto.

Necesitamos ¡ay! consignar el hecho, toda vez que tratamos las cosas que conciernen al Concilio; debemos decir que los católicos *ilustrados* de Coblenz, cuyo mensaje á Mons. el Obispo de Trèves ya hemos dado á conocer, han encontrado en Francia tal aprobacion, que hace estremecer de alegría á *El Nacional*, donde M. de la Bédollière continúa la guerra que sostiene en *El Siglo* contra la Iglesia. Ya que hemos citado á *El Nacional*, no añadiremos á tal cita ninguna reflexion; nuestros lectores participarán de nuestro dolor al opinar, con nosotros, que es prematura la alegría de *El Nacional*. Hé aquí lo que M. de la Bédollière escribe en ese periódico:

«Hemos mencionado la carta de los católicos de Coblenz al Obispo de Trèves protestando contra las pretensiones de la corte de Roma, y para reclamar franquicias para los Prelados, los sínodos y los fieles. ¡La citada carta halla un aprobador en M. de Montalembert! No atribuimos grande importancia á las frases liberales que han salido de la pluma del que predicó la campaña de Roma. Sin embargo, no podemos menos de atribuir un valor especial á este hecho; los campeones todos del ultramontanismo han abrumado con anatemas á los católicos de Coblenz, y de su carta precisamente acaba de decir M. de Montalembert con incontestable elocuencia:

«Aunque mi cuerpo no sea mas que una ruina, mi alma ha conservado, sin embargo, cierto vigor, y mi corazón y mi espíritu se trasportan con alegría intensa y viva á las orillas del Rhin, donde se desenvolvieron mis primeras impresiones de estudiante, y donde solamente observo algo que consuela al combatiente político y religioso.

«Este consuelo lo debo á vos y á vuestros amigos; lo encuentro en el excelente *Volkszeitung*, de Colonia, en el sabio y valiente *Literaturblatt*, de Bonn, pero mas que nada en la admirable *Carta de los legos de Coblenz* al Obispo de Trèves, de la que me habeis enviado un ejemplar.

«No podré deciros cuánto me he conmovido y regocijado por esta magnífica manifestacion: es irreprochable, tanto por el fondo como por la forma. Hubiera suscrito con el mayor gusto cada una de sus líneas.

«El efecto que me ha producido es igual á si, en medio de la noche oscura, hubiera descubierto un rayo de luz; como si oyera, en fin, resonar una voz varonil y cristiana á traves de las declamaciones y chismes que nos aturden.

«Permitidme añadir que me considero un poco humillado al pensar que vosotros, alemanes del Rhin, sois los que esta vez habeis tomado la iniciativa en una terminacion que tan conforme hubiera estado con la antigua actividad de los católicos franceses, como con las convicciones que desde la primera mitad del siglo XIX nos habian proporcionado el honor de vernos colocados á la cabeza de los defensores de la libertad religiosa en el continente.»

«Estas líneas, debidas al hombre que ha dado durante su vida tantos testimonios de piedad y de adhesion á la Santa Sede, deberian producir en las ideas absolutas de los ultramontanos una reaccion saludable.»

En la misma Alemania, la carta de los legos de Bonn y de Coblenz es juzgada como se merece; tales doctri-

nas y errores acaban de ser refutados con tanto vigor como lógica en un folleto, del que ya se han agotado muchas ediciones, que se titula *Pensamientos de un teólogo sobre la carta de Bonn-Coblentz, concerniente al Concilio universal*. El teólogo, que se manifiesta muy al corriente de todo, dice que la carta redactada en Coblentz y adoptada por los católicos de Bonn, es debida principalmente al profesor Stumpf, que había ya manifestado las mismas ideas en el *Theologischer Literaturblatt*, órgano de la facultad de teología de la Universidad de Bonn; al mismo tiempo dice que los firmantes de Coblentz están en minoría, toda vez que de ciento veinte personas á las que se habían pedido sus firmas, solo la habían concedido cuarenta y siete.

II.

Continuamos la revista bibliográfica comenzada en nuestra última crónica ocupándonos de algunas publicaciones debidas á plumas de eclesiásticos.

No abandonaremos la Alemania sin señalar en primer lugar el sabio trabajo del Dr. Héfélé, titulado: *Historia de los Concilios segun documentos originales*, de la que ha aparecido una traducción en francés. El Dr. Héfélé, profesor de la Universidad de Tubinga, ha sido llamado por el Santo Padre para formar parte de una de las comisiones preparatorias del Concilio; acaba de ser designado para la Silla episcopal de Rottemburgo; y es ya muy conocido por obras importantes, entre otras por una *Historia del Cardenal Jimenez*, que ha sido traducida á muchos idiomas: todos estos títulos recomendarían suficientemente la *Historia de los Concilios*, si todavía no se recomendase ella mucho mejor por la inmensa erudición que el autor despliega en este trabajo. No analizaremos aquí esta voluminosa y sabia *Historia*: nos detendremos solamente, por la idea que envuelve, en señalar un pasaje de la introducción, en la que el doctor Héfélé se ocupa de la supremacía del Papa sobre el Concilio, ó de este sobre el Papa, cuestión que coloca unos frente á otros á ultramontanos y galicanos. Sobre este particular, el presbítero Sr. Guérin, del que ya hemos anunciado su estudio sobre los *Concilios generales y particulares*, se espresa con toda claridad, estableciendo: 1.º, que no hay Concilio ecuménico sin el Papa; 2.º, que el Papa es superior al Concilio ecuménico, y no el Concilio superior al Papa.

El Dr. Héfélé toma la cuestión de otra manera. Segun él, el problema ha sido hasta ahora mal planteado: «Los galicanos y los ultramontanos, dice, no comprenden que tocan muy superficialmente una cuestión muy profunda, como es la del valor que tiene la Santa Sede en la economía de la Iglesia católica.» Veamos cómo resuelve el problema: «Un Concilio ecuménico, dice, representa la Iglesia toda entera, y por lo tanto habrá entre el Papa y el Concilio la misma relación que existe entre el Papa y la Iglesia. ¿Es el Papa superior ó inferior á la Iglesia? Ni lo uno, ni lo otro: el Papa vive con la Iglesia, pertenece necesariamente á ella, es su Cabeza y punto central. La Iglesia es un todo organizado, y lo mismo que en el cuerpo la cabeza no es superior ni inferior á él, sino que solamente es una parte, la más principal, del mismo modo el Papa, que es la Cabeza de

la Iglesia, no es superior ni inferior á esta; por lo tanto, no es superior ni inferior al Concilio general. Cuando la cabeza ha sido cortada, el organismo humano no constituye un verdadero cuerpo, sino un ser sin vida; así una Asamblea de Obispos no puede ser un Concilio ecuménico si no está en ella el Papa (1).»

No nos atrevemos á decir si comprendemos bien este pasaje; pero, en nuestro juicio, nos parece que determina la superioridad del Papa sobre el Concilio, tal como la entienden los ultramontanos, no habiendo hecho el sabio doctor alemán más que dar al asunto un aspecto de mayor profundidad, segun el carácter de su nación. Efectivamente: sin detenernos en si la Iglesia está representada por el Concilio ecuménico, materia que se prestaría á una prolongada discusión, creemos que la comparación puesta de la cabeza y del cuerpo favorece la opinión de la superioridad del Papa en el Concilio. Sostener que una Asamblea de Obispos no es un Concilio ecuménico mientras el Papa está separado de ella, lo que es incontestable, es decir claramente, segun nuestra opinión, que el Papa es más que los Obispos, aun reunidos. Si el Dr. Héfélé quiere decir que componiéndose necesariamente el Concilio ecuménico de los Obispos con el Papa, el Papa no puede estar encima del Concilio por la razón de que no puede estar encima de él mismo, estamos de acuerdo con él, pero encontramos muy sutil su razonamiento.

De todas maneras queda establecido, y es lo principal, que no puede haber Concilio ecuménico sin la unión del Papa. El Concilio ecuménico no existe, pues, cuando el Papa se retira, cuando el Papa desapruueba; no es nada sin el Papa, mientras el Papa continúa siendo Jefe de la Iglesia, y con toda la autoridad de tal, encargado de apacentar las ovejas y corderos y de confirmar á sus hermanos en la fe, permanece siendo la piedra fundamental sobre la que se ha construido la Iglesia, y contra la que nunca prevalecerán las puertas del infierno. ¿No hay en esto una verdadera superioridad? Creemos, pues, que en el fondo el Dr. Héfélé está de acuerdo con los teólogos ultramontanos; sentimos, sí, que no se haya espresado con alguna más claridad; pero este reproche debe dirigirse más á la vaguedad que caracteriza el espíritu alemán, que al autor de la *Historia de los Concilios*. Sin duda alguna el sabio historiador está muy lejos de merecer las simpatías que le demuestra *La Correspondencia italiana* al alabar con efusión «su sólida doctrina en lo que concierne á los negocios del Concilio,» y pretendiendo que «están muy indecisos en Roma sobre el partido que se ha de tomar respecto á su nombramiento para la Sede de Rottemburgo;» y se esfuerza en sacar partido de la opinión del sabio doctor sobre el asunto del que nos acabamos de ocupar.

«Entre tanto, dice (2), sabemos que el nuevo Obispo ha tenido muy recientemente una conferencia, en la que ha espuesto delante de un auditorio muy numeroso las principales cuestiones que ha suscitado la proximidad de la reunión del Concilio. Mons. Héfélé remonta su discurso á los orígenes, y encuentra en la historia de los primeros Concilios los argumentos que le inducen á

(1) Pág. 51 de la traducción francesa.

(2) Número del 9 de agosto de 1869.

creer que estos no son de institucion humana, sino divina. Las actas de los anteriores Concilios, los sínodos parciales, las esenciales condiciones para que una reunion del Episcopado católico pueda realmente constituir un Concilio ecuménico, han sido objeto de sabias indagaciones por parte del docto Prelado. Este, á pesar de lo dicho por Mons. Dupanloup, que no admite mas que diez y ocho Concilios ecuménicos, cree que su número se eleva á diez y nueve. Pero la cuestion mas grave que Mons. Héfélé ha espuesto en su discurso, es la de la superioridad del Papa en el Concilio.

»Una respuesta decisiva, ha dicho, es imposible en tal asunto; pero su opinion es que el Papa no es superior ni inferior al Concilio. El Padre Santo vive en el Concilio, del que es el miembro principal y el Jefe. Nos hemos detenido en suministrar á nuestros lectores todos los detalles de la eleccion del Obispo de Rottemburgo y del Prelado elegido por el cabildo, porque creemos que este suceso se relaciona precisamente con la agitacion producida en estos momentos en Alemania por todo lo que se refiere á las consecuencias políticas de la reunion de la gran Asamblea católica. La eleccion hecha por el cabildo de Rottemburgo es una de las pruebas mas concluyentes de los progresos del partido católico alemán, que profesa el mas grande respeto á la Santa Sede, disputándose resueltamente el derecho de supremacia en los Concilios.»

La Correspondencia italiana manifiesta antes sus opiniones y sus deseos que la realidad de los hechos, ya lo hemos dicho; pero no creemos inútil indicar las consecuencias que los enemigos de la Iglesia pretenden sacar con una esposicion de doctrinas que no está bastante clara; el Dr. Héfélé se encargará de demostrar á *La Correspondencia italiana* que se ha equivocado por lo que á él respecta.

En cuanto á nosotros, nos complacemos en repetirlo, creemos en la infalibilidad del Papa hablando *ex cathedra*; esta infalibilidad doctrinal no pertenece al Concilio ecuménico sino en tanto que el Concilio está unido con el Papa; y de ahí deducimos la superioridad del Papa en el Concilio. La superioridad de Jesucristo en el Concilio no esperamos que ofrezca la menor duda; la superioridad del Vicario de Jesucristo al Concilio tampoco nos parece dudosa.

Pero, diremos con Mons. Segur, que acaba de publicar sobre el Concilio uno de esos opúsculos luminosos cuyo secreto él solo conoce, «la Iglesia es un cuerpo vivo; la Cabeza que le rige es tan necesaria á la vida del cuerpo, como la vida de este es necesaria á aquella. Los dos en el hombre son inseparables, si ha de vivir; en la Iglesia viva, el Papa infalible es inseparable del cuerpo episcopal, que recibe de él y con él la vida y la infalibilidad. En el Concilio, como fuera del Concilio, el Papa goza plenamente de autoridad y de infalibilidad; en el Concilio, como fuera del Concilio, lo puede ligar todo y desligarlo todo; y todo lo que él desliga en la tierra, es del mismo modo é inmutablemente desligado en los cielos; y todo lo que él liga en la tierra, es tambien ligado por Jesucristo en los cielos.

»El Papa en el Concilio no es, en efecto, mas que una parte de él; pero esta parte es la Cabeza, es el Jefe, es la parte principal, de la que absolutamente dependen todas

las demas; que dirige á todos, que ve, que oye, que habla, que juzga, que decide soberanamente en nombre de todos, con todos y para todos. Es «la parte que es todo: *Pars tota*,» segun la enérgica espresion del bienaventurado Papa Liberio respondiéndole al Emperador Constancio, que le preguntaba quién era él, Liberio, en la Iglesia de Dios. Así, pues, la infalibilidad de Jesucristo es la infalibilidad del Papa; y la infalibilidad de Jesucristo y del Papa es la infalibilidad del Concilio y de la Iglesia.»

El presbítero Sr. Cristophe, de Lyon, ha publicado sobre el Concilio ecuménico y la situacion actual un notable folleto que ya hemos citado: ocupándose á la ligera de la cuestion de superioridad del Papa ó del Concilio, la resuelve en estos términos:

«La doctrina tan preconizada de si el Papa es superior al Concilio, puede ser muy bien la bandera de un partido, ó la señal de una interesada oposicion; pero nunca será el pedestal de una autoridad seria, ni mucho menos de un principio de reforma.»

No se espresa menos claramente respecto á la infalibilidad pontificia; cree en ella, y de este modo responde á los que temen verla definida en el próximo Concilio:

«Si el futuro Concilio decreta la infalibilidad personal del Papa, seguramente no hará otra cosa sino decretar una verdad de fe...; si cree á propósito definir la infalibilidad pontificia, será tambien completamente infalible, tanto respecto á la oportunidad, como en lo que concierne á la decision.»

Demuestra en seguida por qué se recurre á la reunion de un Concilio en nuestra época, y sin esfuerzo encuentra la razon en los males que afligen á la sociedad contemporánea, males que todos provienen del olvido de Dios, del indiferentismo y del naturalismo. En cuanto á lo que hará el Concilio, sin pretender trazarle un programa, considera que se ocupará de asegurar la independencia pontificia, que restablecerá la verdad sobre los puntos mas vivamente atacados en nuestros dias, y que fijará un *modus vivendi* entre la Iglesia y la sociedad civil.

Uno de los mejores libros de consulta para ponerse al corriente de los asuntos relativos al Concilio, es el que el presbítero Jaugey ha publicado con el título *El Concilio ecuménico*, pequeño tratado teológico dirigido á las personas de mundo, con una introduccion de M. Enrique de Riancey. «¿Para qué Concilios en la Iglesia, dice el autor, si el soberano poder de los Papas basta para todo?» Y responde que los Concilios, cuya institucion no es humana, y que vienen celebrándose desde el tiempo de los Apóstoles, son *moralmente* necesarios. Esplica por qué han cesado desde hace trescientos años, y prueba la necesidad y la posibilidad del que ha convocado Pio IX, antes de examinar las siguientes materias que desenvuelve en otros tantos capítulos. ¿Cuál es la naturaleza de los Concilios? ¿Cuáles son las condiciones de la convocacion y de la celebracion de los Concilios? ¿Cuáles son los miembros de los Concilios ecuménicos? ¿Qué materias son las que tratan estos Concilios? ¿Qué autoridad es la suya? ¿Cuál su ceremonial? ¿Qué lecciones y qué esperanzas se pueden fundar en su historia? En fin, ¿que será el próximo Concilio? A la sola indicacion de estas materias se comprende el interes que tiene

la obra del presbítero Jaugey: no siéndonos posible examinar aquí sus detalles, nos contentaremos con resumir, lo mismo que hace M. de Kiancey, el último capítulo, que ofrece mas interes que los que le preceden.

¿De qué tratará el Concilio? ¿Qué problema abordará? ¿Qué materias dejará á un lado? ¿De qué medios se valdrá? ¿En qué resoluciones se detendrá? En esto, como cualquiera comprenderá, es necesario la mayor reserva. No admite duda que la Bula de convocacion ha fijado muchas cuestiones sobre las que serán llamados los Padres á deliberar. Tampoco es de dudar que la iniciativa corresponde al Padre Santo, y al mismo tiempo el secreto de los trabajos preparatorios es una garantía para la libertad de los debates; no siendo oportuno que la opinion pública, sorprendida intempestivamente, parezca que se adelanta y pasa al exámen y decisiones del Episcopado.

Nada mas difícil, nada seria mas irreverente ni nada mas infructuoso que empeñarse en esponer, aun en compendio, el programa del Concilio. Pero con la deferencia y sumision que tan bien sientan á los corazones cristianos, es lícito manifestar deseos y esperanzas, igual que aventurar conjeturas que hallan su justificacion en la rectitud de las intenciones.

Así se esplica cómo ha hecho caso omiso el autor desde el principio de ciertos puntos que se han indicado con bastante independenciam, y no sin mala intencion, como destinados á ser asunto de las deliberaciones, entre ellos las formas de gobierno, el sufragio universal ó restringido en el órden político, el celibato eclesiástico, el modo de elegir los Soberanos Pontífices, etc. Despues ha reducido á cinco capítulos las verdades con las que es probable satisfará el Concilio la enseñanza: verdades especulativas sobre el órden natural, el órden sobrenatural y sus mutuas relaciones: verdades morales que conciernen á la sociedad civil: verdades que atañen al matrimonio; verdades que se refieren á la autoridad é infalibilidad de los Papas; verdades que afectan á los derechos de la Iglesia y á sus relaciones con el Estado.

¿No es de desear ahora que se den para la disciplina interior de la Iglesia, para el planteamiento ó modificacion de los cánones que arreglan la conducta del clero y los derechos de los Obispos y presbíteros, decisiones tales como las hacen necesarias el curso del tiempo y las diversas revoluciones que tan profundamente han cambiado la situacion de las naciones? ¿No se podria hacer esto mismo respecto á las Órdenes religiosas, su multiplicidad y las condiciones de su existencia? En fin, las nuevas necesidades de la sociedad moderna, ¿no justifican la necesidad de reglamentos particulares para el trabajo y los obreros, el préstamo á interes y el premio del dinero? ¿No se podria revisar la ley sobre el ayuno, abstinencia y los impedimentos para el matrimonio? La grave cuestion de la educacion de la juventud, ¿no merecerá algunas decisiones acerca de las escuelas confessionales, las escuelas mistas y el empleo de libros clásicos? ¿No podria fijarse la atencion de los PP. en las diversas devociones que se esparcen por la Iglesia? Hé aquí todo lo que el autor, no mas que á título de indicaciones ó deseos, y sometiéndolo de antemano á la autoridad de la Santa Sede y del Episcopado, ha creído poder manifestar al terminar su tratado. De este modo, todos con-

vendrán en lo mismo, se ha respondido con prudencia y reserva á las preocupaciones que bullian en las familias, en las reuniones, y aun en los salones y círculos del mundo. Era del mayor interes y utilidad dar á esa corriente, conteniéndola en sus justos límites, el pasto que pudiera satisfácerla sin desencadenarla ni oprimirla imprudentemente.

Tales son las materias tratadas por el presbítero señor Jaugey; tal es el mérito de su obra, que recomiendan, entre otras, las cartas aprobatorias de Mons. el Arzobispo de Bourges, de Mons. Mermillod, Obispo de Hebron, y de Mons. el Obispo de San Claudio.

III.

En Verona se ha propuesto mucha gente comulgar dos veces por semana, viérnes y domingo, aplicando el fruto de sus comuniones al Padre Santo y al buen resultado del próximo Concilio ecuménico. Las prácticas de esta índole, que tan bien responden á las exhortaciones del Padre Santo dirigidas á toda la Iglesia, se multiplican en todos los puntos del globo. «Es una dicha, dice *El Diario de Roma*, ver que en Italia se dan tan buenos ejemplos. En muy poco tiempo han adoptado esta costumbre mas de ochocientas personas, y no tomará una grande estension mientras no sea conocida. Los que han iniciado la idea han solicitado y obtenido la bendicion del Papa para ellos y para los que la han adoptado ó adopten en adelante.»

Los trabajos de fundacion para la columna del Concilio se han acabado. El azadon de los obreros ha encontrado los materiales de relleno que se habian acumulado para sostener y ensanchar la plaza construida delante de la iglesia de San Pedro in Montorio. El firme lo han encontrado á veintiocho pies de profundidad. La columna, coronada por la estatua de San Pedro bendiciendo á Roma, tendrá por cimientto un exágono gigantesco. Los seis zócalos se adornarán, el primero con el colosal escudo de armas de los Mastai, coronado con la tiara y llaves simbólicas, y los otros cinco con las estatuas de las cinco partes del mundo.

Cada una de las estatuas de un tipo diverso, pero igual en el conjunto, á fin de manifestar la unidad de la fe y de la razon humana, tiene en una mano un *labarum*, viéndose á la estremidad del asta el monograma de Cristo, y en los pliegues el nombre de una parte del mundo en letras de oro; en la otra mano tiene una guirnalda que rodea al monumento. La guirnalda está hecha con las diversas flores y frutos de cada una de las partes del mundo. En cuanto á las estremidades de la guirnalda, van á unirse á las dos llaves y á la tiara, como símbolo de las bendiciones del cielo en la tierra. En las pechinas de la base del monumento se pondrá, por último, en letras de bronce incrustadas en el mármol, el nombre de los Obispos que hayan asistido al Concilio.

Pio IX ha resuelto que durante el Concilio haya una esposicion universal en Roma de objetos del arte cristiano, que durará desde el 1.º de febrero de 1870 al 30 de abril siguiente: los artistas de todas las naciones comprenderán esta gran idea del Papa, y los extranjeros atraídos por la celebracion del Concilio podrán admirar la universalidad y el poder del arte católico.

La ciencia tambien quiere rendir su homenaje al Con-

cilio. *La Civiltá Cattolica* nos dice que la Academia pontificia romana de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María ha tomado, en su calidad de instituto científico, la iniciativa de un *tributo de adhesion y de obediencia al Concilio del Vaticano*, que se ofrecerá para los que cultivan las ciencias. La invitacion á pagar este tributo la ha hecho el presidente general Mons. Francisco Regnany, á los miembros de esta docta Academia, que se divide en cinco secciones: 1.^a, de la erudicion bíblica; 2.^a, de las ciencias filosóficas; 3.^a, de las ciencias económicas; 4.^a, de las ciencias físicas; 5.^a, de la filología y de la historia.

Se ha resuelto hacer extensiva esta invitacion á los miembros de otras Academias é institutos científicos, y generalmente á todos los profesores y amigos de las ciencias que se hallen revestidos con insignias académicas, de modo que así se obtiene el tributo solemne de la ciencia cristiana al magisterio de la Iglesia. Se invita, pues, á todos los ciudadanos del mundo científico para que se suscriban por una cantidad fijada por ellos mismos, por pequeña que sea, indicando al mismo tiempo su nombre y título científico. El objeto del tributo no es ayudar al Concilio, sino rendirle homenaje; la cantidad importa poco, pues no ha de ser publicada. Lo que se desea es el homenaje de la inteligencia.

Las hojas, que solo contendrán un nombre, se reunirán de modo que se puedan formar muchos *albums*, que se ofrecerán al Padre Santo, igual que las sumas suscritas, el 8 del próximo diciembre. Las páginas firmadas y las ofrendas que los acompañen pueden ser dirigidas desde hoy al presidente honorario de la Academia *Rmo. P. Mtro. Philippe Rossi, de los conventuales de Roma, en el convento de los Doce Apóstoles*, que es donde está la Academia. La idea de este tributo de la ciencia ha sido rápidamente recibida con el mas grande éxito: «Esperamos, dice *La Civiltá cattolica*, ver que se asocian para pagarle, no solamente parcialidades aisladas, sino Institutos científicos, asociándose al ejemplo de la sabia Academia romana.»

VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuacion) (1).

La primera vez que supo pronunciar y aplicar en latin los nombres de señor, de padre y de Dios, todos se los aplicó á Marco. Refirió entonces que se llamaba Galdo, y que era uno de los jefes principales de la nacion de los tribonautas; pero que habiendo perecido en la terrible batalla su padre y sus hermanos, no le quedaba ya afeccion ninguna en la tierra, y que en adelante Marco formaria su única familia.

Isaac habia pasado algunas semanas en Roma, hasta que se pudo trasportar al herido á la quinta del Lacio. Cineas y Labeon le habian encargado que durante aquel tiempo les tuviese al corriente de los acontecimientos de la ciudad, porque el papel de cortesano exige que siempre se esté en acecho. El israelita desempeñó su comision con tanto celo como perspicacia. Conocia á Roma, y adivinaba los ocultos resortes de la política absolutamente lo mismo que si no hubiera hecho en su vida mas estudio que el de gobernar los hombres.

—Neron, contaba una noche á toda la familia reunida, Neron se aleja cada dia mas de la modestia y de la prudencia, que tan bien habian hecho augurar de sus primeros pasos. Figuraos que acaba de dar á su bufon Spiculo y á su músico Menécrates los patrimonios y la casas de personas consulares y que han obtenido en vida los honores del triunfo. Ya sabeis que nunca lleva dos veces el mismo traje; que jamás se pone en camino con menos de mil carruajes, y que sus mulas llevan herraduras de oro y de plata. Popea, en su insolente triunfo, todavía sobrepujaba tales prodigalidades, y todas las mañanas se bañaba en la leche de ochocientas burras. Pero si no fuese mas que esto, no pasarian de locuras. Refiérense de Neron infamias, en las cuales juegan los nombres de las mas honradas matronas, y hasta el de la vestal Rubria. Pero, á propósito de Popea: el triunfo insolente de esa falaz mujer no ha durado mucho. Neron le ha pegado un puntapié, á pesar de hallarse embarazada, porque le reprendia haber vuelto demasiado tarde de una carrera de carros, puntapié que le causará la muerte indudablemente, sin que Neron sienta el menor pesar. Se ha encaprichado en seguida por Statilia Messalina, la mujer de Attio Vettino, cónsul en el año actual, y ya nada se opone á que esa mujer reemplace á Popea, porque el cónsul acaba de ser degollado de orden imperial.

Elena no pudo contener una exclamacion de horror.

—Espero que ya no insistirás en presentarme en la corte, dijo por lo bajo á su marido.

El israelita añadió, con una tristeza á través de la cual se revelaba algo de ironía:

—Á este punto ha llegado la ciudad reina del mundo; y el Senado aplaude con uno y otro pulgar, como dice Horacio. Neron pretende que «ningun príncipe ha conocido toda la estension de su poder.» Y, francamente, creo que tiene razon. Va á ir á Ostia, y ya se le está instalando, á lo largo del Tíber, una doble fila de ventas improvisadas, en las cuales muchas señoras, representando el papel de mercaderes, le invitarán á desembarcar. Si me atreviese á decir mi modo de pensar, creo que vuestra esperanza, nobles y generosos señores, de detener su carro en la fatal pendiente por donde se precipita, es quimérica. Séneca le ha ofrecido abandonarle su inmensa fortuna si le concede en trueque solo una cosa: permiso para consagrar sus dias postreros al descanso y á la filosofía. Neron le ha jurado solemnemente que sus injuriosas sospechas son infundadas, y que antes consentiria morir que hacerle daño. Esto en nada disipa mis inquietudes por vuestro ilustre amigo, Cineas. Pero la gran cuestion del dia es el proceso de los esclavos de la casa de Pediano Secundo.

—¿Y qué hay de eso? dijo el ateniense aumentando su atencion.

(1) Véase nuestro número anterior, pág. 367.

—El proceso se ha llevado al Senado, cuya sentencia no podía ser dudosa, puesto que todos los senadores son propietarios de esclavos. Aulio Plautio, que no ve, según todo el mundo sabe, mas que por los ojos de su mujer Pomponia Græcina, ha sostenido ciertamente el partido de la clemencia. Ha suspendido, de propósito, un largo viaje, sin mas objeto que procurar se exceptúen del castigo los niños y todos aquellos esclavos cuya falta de complicidad en el crimen pudiera demostrarse con completa evidencia. En cambio ha sido el único partidario de esta opinion, ó al menos el único que la ha sostenido, exceptuando, no obstante, á Cornelio Pudens, el visionario, que ha ido aun mas allá, y que ha asentado como principio «que no es permitido cometer una injusticia ni aun para un bien superior, y que el fin nunca justifica los medios.»

Cayo Cassio ha defendido victoriosamente la opinion contraria, aduciendo la autoridad de las leyes antiguas y la imposibilidad de emplear un medio distinto del temor para contener esas muchedumbres extranjeras que adoran dioses diferentes que los de Roma, y que aun frecuentemente carecen de ellos. Tantos enemigos como esclavos, según el proverbio. Ha demostrado, por último, que todo gran acto ejemplar tiene algo de injusticia, y que el mal de algunos se compensa por la ventaja de todos (1).

Elena detuvo al israelita al oír estas palabras, asombrándose de que él tambien aprobaba, al parecer, las máximas de Cassio.

—Yo, ni las apruebo, ni las desecho, respondió Isaac; este asunto no me atañe, y me interesa poco: no se trata de mi pueblo. Acuérdomé solamente de que nuestra historia particular abunda en asesinatos de mujeres y de niños de pecho, verificados en virtud de las licencias de la guerra. Tambien se ven casos semejantes en la historia de Esparta, y á veces en la de Roma, con la diferencia de que entre nosotros tales ejecuciones tenían la sancion de órdenes directas, emanadas de Dios. Pero continuó mi narracion. Senadores ha habido que han sobrepujado la severidad de Cassio, proponiendo, no solo condenar á muerte á todos los esclavos que se encontraran en casa del dueño asesinado, si que tambien desterrar fuera de Italia á todos sus libertos. El Emperador, en un acceso de clemencia parecido á los que en otro tiempo eran tan frecuentes en él, se ha opuesto á esa medida, permitiendo que no se dulcifique la ley antigua, pero no consintiendo que se agrave.

La dificultad estaba en que la opinion pública aceptase la sentencia. La plebe, que no tiembla delante de los rebaños de esclavos, ha protestado á gritos y á pedradas. El Emperador ha mandado leer en las calles una severa alocucion, y ademas ha mandado formar dos hileras de soldados en el camino que va desde la casa de Pediano al campo Sextercio, estramuros, que es el sitio destinado para los suplicios de los esclavos. De este modo se ha obedecido la ley, á la fuerza, á pesar de las quejas y maldiciones de los cuatrocientos sentenciados, que encontraban eco, en mas de un sitio, en los gemidos de los espectadores.

El niño Marco, que escuchaba la narracion del israelita,

indignose mas que ninguno del castigo de tantos inocentes. Aquella barbarie le trajo á las mientes su pregunta del espectáculo de los gladiadores: «¿Por qué son tan malos los romanos?» Pregunta que dirigió á Galdo, el cual, si no se hallaba en estado de responderle, al menos le escuchaba, y no le trataba como á un niño. Galdo creia todo cuanto decia el niño, adivinábale cuando no le comprendia, y hacia completamente suyas las ideas que le explicaba Marco, convertido en su maestro de filosofía. El maestro y el discípulo tenían efectivamente un punto de union: la sencillez. Uno era un niño, otro un bárbaro: de suerte que ambos estaban cerca de la naturaleza, y lejos de las preocupaciones y el artificio.

Cineas, viendo el atractivo que para Isaac tenia el morar en Roma, y adivinando que allí habia trabado aun muchas mas amistades y muchas mas correspondencias que las que él confesaba, le ofreció, de acuerdo con Labeon, devolverle completamente la libertad.

—Ya habeis pagado vuestro rescate de antemano, le dijo: porque supongo no tendreis la pretension de valer un precio superior á los seis millones de sextercios que ha recuperado mi cuñado merced á vuestros servicios.

Isaac se sonrió; pero, con asombro de Cineas, continuó callado.

—Cuando esteis emancipado, añadió Cineas, os presentaré en la corte; con vuestra ingeniosa y fecunda habilidad, y la vasta ciencia que poseeis en literatura y en medicina, podreis alcanzar los mayores honores.

Isaac volvió á sonreirse, y respondió inclinando la cabeza:

—Gracias, señor; tan agradecido os estoy á Labeon y á vos, como si aceptase vuestro generoso ofrecimiento. Pero permitid que en nada altere mi condicion. Esclavo aquí, soy mas libre que en la corte para cumplir la empresa á la cual he consagrado mi vida. Solo una cosa agradeceria en punto á libertad: la de mi correspondencia. No necesito juraros que nunca emplearé esta libertad contra los intereses de mi dueño.

—Y supongo que tampoco contra los del Estado, dijo Cineas.

—Nunca conspiraré ni en pro ni en contra del imperio ó de la república, respondió Isaac. Que reine Neron, ó que reine otro cualquiera, me es indiferente; pero convendreis conmigo, vos, cuya patria es esclava como la mia, que Roma no es una cabeza con la cual deba estar muy orgulloso el género humano.

—Si es á Roma á quien combatís, dijo Cineas, ya tenéis trabajo. Roma nos deshonor, es cierto, pero tiene asegurada su dominacion por muchos siglos.

—¡Todo es posible para Dios! dijo Isaac enfáticamente.

—Deséolo ciertamente, respondió el ateniense; pero Dios, que no tiene la costumbre de mezclarse con frecuencia en las cosas de este mundo, si hemos de juzgar por el camino que llevan, ¿consentirá en mezclarse solo por vuestro buen deseo? ¿Acaso os ha hecho tal confianza anticipadamente?

Isaac vaciló, como temiendo confiarse demasiado á un extranjero; pero tranquilizado por el franco y sereno rostro del ateniense, respondió con vibrante voz:

—Sí; Dios ha dado su palabra á mis padres. Ya se han cumplido los tiempos. Ya han transcurrido las setenta se-

(1) Tácito, *Anales*, lib. XIV, capítulos XLII á XLV.

manas de años que el arcángel reveló á Daniel que mediarían entre el edicto de Ciro y la venida del Deseado de las naciones. La justicia eterna va á suceder á la iniquidad; las visiones y las profecías van á cumplirse. Ciertamente que hay algunos puntos oscuros, y seguramente figurativos en este pasaje de los Santos Libros, y que yo, por ejemplo, no comprendo el sentido de las siguientes palabras: «El Cristo será condenado á muerte; su pueblo le renegará, y ya no será su pueblo; vendrá un jefe que arruinará la ciudad y el templo, faltará la víctima y el sacrificio, y la abominación y la desolación perseverarán hasta el fin.» Pero ¿qué importan ciertos detalles del hecho? La fecha no está por eso menos clara y precisa. Además, nuestras Escrituras están llenas de otras promesas tan solemnes, y referentes todas al tiempo presente. El Deseado va á venir; sin duda ha nacido ya en alguna parte, y ni Neron, ni Corbulon, ni los romanos, ni los parthos, le impedirán levantarse cuando le plazca, y sustituir á la dominación de Roma la de Jerusalen.

—¿Cómo gritó Cineas. ¿Esas son las esperanzas de los judíos?

—Ni más ni menos, señor, afirmó Isaac solemnemente; Israel es la raza escogida desde el principio para tan escelso destino.

—Yo diría, respondió el ateniense, en vista de las aptitudes de cada país y de la historia, que la raza escogida era, en primer lugar, la de Rómulo, que rige al mundo, y después, sin adular á mi patria, la de Cadmo y de Tíreo, de Homero y de Solon, que le ha civilizado.

—La raza escogida, dijo Isaac, será la que le eduque. Roma domina por la fuerza material, Atenas por el genio artístico, Jerusalen por la verdad religiosa. En vuestra patria, solo los Sócrates ven la unidad de Dios, y mueren encargando sacrificios á Esculapio; entre nosotros, los aldeanos, los pescadores, los ignorantes ven con tanta claridad como yo esa luz superior, caminan en presencia del Invisible, y le adoran sin tener necesidad de figuras sensibles que se le recuerden. Este es el privilegio de nuestra raza y el principio de su inmortalidad. Dios nos ha castigado muchas veces cuando nos dejábamos seducir por las supersticiones paganas que nos rodeaban. También nos ha reducido á esclavitud, y abrumado de miserias, que hubiesen destruido á otra nación cualquiera; pero cuando volvíamos á Él, Él volvía á nosotros, librándonos de nuestros enemigos, y siendo siempre fiel á sus promesas. Ya se acerca la recompensa y el resarcimiento por nuestros sufrimientos; ya se acerca el Mesías, el león de la tribu de Judá, el Dios fuerte, el Dominador de las naciones. Él vencerá y nos asociará á su victoria: «Y postraránse á sus pies los etíopes, y lamerán el suelo sus enemigos. Los Reyes de Társis y los de las Islas le ofrecerán regalos, y dominará de un mar á otro, y desde el río hasta el extremo del orbe de la tierra, y le adorarán todos los Reyes, y todas las naciones le rendirán homenaje (1).»

Isaac, al repetir aquellas citas, parecía fuera de sí. La alegría transfiguraba su rostro, y el brillo del triunfo resplandecía en sus miradas. Cineas, cuya presencia había olvidado un momento, sintióse conmovido ante la elevada poesía de expresión, y al mismo tiempo ante la

singular claridad de aquellas profecías, y sin embargo encontraba en todo aquello algo que repugnaba á su buen sentido ateniense. Conquistas, victorias materiales, un sencillo cambio del polo de la esclavitud del mundo, era poco, á su juicio, para una preparación tan larga, hecha por el mismo Dios.

—Os confieso mi torpeza, dijo á Isaac. Comprendo perfectamente cuánto ganaríais reemplazando á Roma con Jerusalen; pero no veo tan claro el beneficio que tal sustitución produciría en las demás partes del mundo. El espíritu israelita es aun más estrecho que el de los romanos.

—El reinado de Cristo será el de la justicia, respondió Isaac; el desierto florecerá, las fieras se domesticarán, se olvidará la guerra, después que se consumen las venganzas indispensables, y la paz reinará eternamente en la santa Sion.

—Amigo mío, dijo el ateniense; esos desiertos que florecen y esas fieras domésticas, demuestran que vuestras profecías no son más que figuras poéticas, y os aseguro, á trueque de contristaros, que así me gustan más. Si vuestro Mesías fuese un doctor, y sus conquistas las de la verdad; si viniese para establecer el reinado de lo bueno y de lo bello, pareceríame menos profano y más digno del cielo que le envía.

—¿Un doctor! replicó el israelita con desden inesplicable. ¿Un nuevo doctor! ¿No tenemos bastantes...? Sin contar con vuestros Platones y vuestros Cicerones, ¡cuántos profetas tenemos! Y, á pesar de esto, nunca ha habido tantas disputas. No; es necesario que se despliegue de otra manera el poder de Dios, haciendo que aun se desplomen, al sonido de nuestras trompetas, los muros de las ciudades, y abriéndonos otra vez paso al través del Mar Rojo, y sumergiendo en él sus enemigos y los nuestros.

—En tal caso, respondió el ateniense, resultarían más batallas y más sangre vertida. Oídme, Isaac. Supongamos cumplidos vuestros sueños, vuestro Mesías reinando en Sion, en medio de sus ejércitos judíos, y distribuyendo los consulados y los proconsulados que Neron distribuye hoy; para mí, semejante espectáculo es menos bello que el de Sócrates sentado en medio de sus discípulos, enseñándoles lo que sabe acerca de la virtud. ¡Guerras; siempre guerras! ¿No tenemos bastantes? ¡diré parodiándoos. Enseñadme vuestro Mesías reinando sobre las almas, y purgando al género humano de sus vicios y de sus errores, y me prosternaré con vos á sus pies.

—¿Imposible! respondió impetuosamente el israelita; nuestras profecías son literales, ó no son tales profecías. Un Mesías, humilde conquistador de las voluntades libres; un Mesías desconocido, insultado, escarnecido acaso por aquellos cuyos oídos y cuyos ojos le pluguiese cerrar, es el colmo del ridículo y del envilecimiento. ¡No; mil veces no! Á mí también me ha tentado esa indigna hipótesis; pero pasó la tentación. Me aferro á la palabra de Dios; ¡nunca aceptaré la sombra en cambio de la realidad prometida!

—No obstante, dijo el ateniense; si me es permitido tener una opinión en lo que no me atañe, os advertiré que tenéis profecías muy claras en favor de un Mesías conquistador; pero vos mismo habéis citado otras apli-

(1) David, salmo LXXI.

cables á un Mesías condenado á muerte, y renegado por los suyos. ¿Aguardaríais dos en lugar de uno?

Isaac miró á su interlocutor sonriéndose con profunda amargura, y le dijo:

—¡Qué! ¡Vos también, noble ateniense, os mofais de nuestras angustias!

—¡Guárdeme el cielo! dijo Cineas.

—Vamos, añadió el israelita; ¡continúad el sarcasmo hasta el fin! No os falta más que ofrecernos al Nazareno por Mesías...

—¿Qué Nazareno?

—¡Cuál ha de ser! El Dios de la nodriza Gorthinia, el hijo del carpintero, el ignorante artesano que ha querido trasplantar á los gentiles la herencia de Jacob... Pero ya le hemos juzgado, sentenciado y crucificado; sí, crucificado con justicia... ¡Allí estaba yo...!

Isaac rechinaba los dientes al recordar aquella escena, impidiéndole su excitación que observase el súbito asombro de Cineas, que repetía por lo bajo:

—Él, el Dios de Gorthinia, el crucificado, ¿sería acaso el Mesías de los profetas?

—De modo, continuó Isaac, que Judá, en el triunfo de su Cristo, no tendría ningún privilegio especial. ¡Después de haber estado él solo en la desgracia durante dos mil años, todos compartirían con él el honor, y ocuparían igual gerarquía! ¡Anatema á Jesús! ¡Anatema á sus discípulos, renegados aduladores de Gog y de Magog, de Ismael y de Madian, y traidores á su patria, enemigos de su madre y de sus hermanos! ¡Anatema! ¡Anatema!

Y ocultó su cabeza entre sus manos, avergonzado, sin duda, de su exaltación, mientras el ateniense se alegraba, menos conmovido, pero profundamente pensativo.

(Se continuará.)

LOS FRAILES EN FILIPINAS.

Teníamos propósito de escribir algún artículo acerca de las reformas que la revolución trata de hacer en nuestras hermosas islas Filipinas, cuya conservación y prosperidad se debe exclusivamente á la incomparable influencia de los frailes, á su abnegación, á su saber y á su laboriosidad. Con tal fin recogimos dos artículos publicados en *La Discusion* por el Rdo. Fr. Joaquin de Oria, contestando á algunas erróneas apreciaciones de este periódico sobre los asuntos de aquel país.

La precipitación con que se han sucedido y se suceden graves acontecimientos en este desdichado país, distrajo nuestra atención de aquel punto para fijarla en lo que más de cerca nos atañía. Hoy que disponemos de bastante espacio en nuestra REVISTA, y que se nos han manifestado deseos de que demos algunos datos sobre la organización de las islas Filipinas, publicamos los mismos artículos del Rdo. P. Oria, convencidos como estamos de que nada mejor podríamos escribir nosotros, ni más sensato, ni más autorizado.

Recomendamos, pues, á la consideración de nuestros lectores las dos cartas-artículos á que nos referimos, y que dicen así:

«I.

»MADRID 19 de agosto de 1869.

»Sr. Director de *La Discusion*.

»Muy señor mío y de toda mi consideración y aprecio: Cuando tenía preparado un artículo para contestar al que vió la luz pública en el núm. 241 de su ilustrado periódico, perteneciente al 17 de julio del corriente año, llega á mis manos el núm. 172, correspondiente al 24 de abril, y suspendo aquel trabajo para dar contestación á este, que contiene el primer artículo, ó sea el preliminar de los que ha de dedicar su autor á la administración de las islas Filipinas. Su lectura es su mayor impugnación, tanto más, cuanto prometiéndome en él no descender á personalidades en los sucesivos, se ensaña á su manera con el *clero regular*, con toda la injusticia con que obra siempre la pasión; y como esta nunca fue el verdadero camino para encontrar la verdad, para lo cual siempre se necesita la sangre fría que permite el justo raciocinio, y la severa imparcialidad que conduce al triunfo de la verdad, de aquí la extrañeza de que el articulista no se proponga hacer estos estudios en el terreno de la razón, y sin descender al de la virulencia.

»Para que el público se convenza de que el articulista, bajo una apariencia de celo, se propone dar salida de su alma al despecho, basta pararse á considerar que promete ocuparse de la administración de las Islas y dilucidar las disposiciones y elementos administrativos que hoy las rigen; y en vez de abordar estas cuestiones, hace caso omiso de ellas, y se dirige exclusivamente contra el *clero regular*. Dos cosas prueba esta conducta, que resaltan á primera vista, y las dos á cual más innobles, puesto que, manifestando su egoísmo, descubre su mala fe. La primera dice á cuantos conocemos las Islas, que está en condiciones de poder obtener los curatos, los cuales pretende se arrebatan á los misioneros que los han fundado y establecido en bien de la humanidad, poniéndolos en las condiciones que hoy admira y quiere explotar el que no tiene otros títulos que su ambición desmedida. La mala fe aparece clara queriendo aprovechar las circunstancias actuales para atacar impunemente á los que considera sin condiciones para defenderse.

»Leyéndose detenidamente el primero y segundo párrafo, se demuestra hasta la evidencia la justicia de nuestras apreciaciones; pues viendo la suya acerca del que llama *lamentable atraso de aquellas Islas*, y la oferta formal de indicar los medios para remediarle, y leyendo los artículos sucesivos, en los cuales nada dice acerca del modo como debe plantearse la administración en sus diversos ramos á fin de hacer una explotación conveniente de sus productos naturales y de los exóticos que deban aclimatarse, así como del desmonte y cultivo de nuevos terrenos, apertura de canales que los fecundicen, de caminos y puentes que faciliten su extracción; sino que, por el contrario, sin razones que lo justifiquen, declama contra las *rancias preocupaciones, los enojosos privilegios, las trabas de todo género, los abusos y los males, en fin, que vienen pesando sobre las provincias de Ultramar*, descubriendo su intención, manifestando el estado de la Península, y pidiendo en su virtud que la revolución arroje y concluya de una vez con aquel estado de cosas.

»Nada tendría de particular esta petición, si en los artículos sucesivos no descubriese su marcada intención contra el clero regular, creyendo sin duda que ha de permanecer silencioso por miedo á la revolución, miedo que no existe, porque los regulares conocen su justicia y esperan que la revolución la respete; y aun cuando así no fuera, su propio honor les haría volver por su causa, como volverán, y poner la verdad de manifiesto, para que España sepa á qué atenerse, y quiénes son sus verdaderos y espúreos hijos. *Ahora ó nunca*, dice el articulista, *deben llevarse á cabo las reformas*; ahora ó nunca, decimos los frailes, debe saberse la verdad, para que el gobierno haga las reformas con justo criterio, á fin de que sean útiles á las Islas y productivas á España. Si el

articulista tiene el mismo fin al escribir, entremos en la discusion, y de ella saldrá la luz. Esto le decimos nosotros, haciéndole ver que está recogido el guante, y que se ha equivocado mucho si ha creído que la revolucion nos asustaba, y que el miedo detendría nuestra pluma y ahogaría nuestra voz hasta el extremo de dejar sin correctivo la impostura y la falsedad, tanto mas, cuanto que no son en odio á los institutos religiosos, sino á la dominacion española en aquellas Islas, de que son principal sosten los misioneros.

»A seis mil leguas de distancia no es estraño este proceder, y menos para quien conoce la oposicion que hace el misionero á todos los planes antiespañoles y antihumanitarios del clero indígena, siempre dispuesto á secundar las miras antiespañolas de cierta clase de filipinos, que ansían la emancipacion de aquellas Islas para saciar su ambicion. Que el articulista dé su nombre, que se presente en la palestra sin careta ni disfraz, cual cumple al hombre honrado que tiene por norte el triunfo de la verdad y sostiene los fueros de la justicia.

»Entonces podrian apreciarse sin temeridad sus antecedentes, y estos nos descubrirían el móvil que le anima, y se sabría la causa de su enemistad hácia los regulares, que, al par que enalteciera á estos, colocaría á aquel en tan triste como poco envidiable posicion.

»Mucho podria decir acerca de su incalificable conducta, y mucho diría si no confiase en la rectitud del público, que sabrá, como siempre, apreciar y juzgar las razones, porque, no estando dominado por el odio, ni conducido por miras siniestras, como de sus escritos aparece estarlo el comunicante, se halla en la aptitud legal de ser el recto juez y apreciador del inmotivado ataque y de la justa defensa.

»El articulista, ó no conoce ó aparenta no conocer ni la índole de los filipinos, ni las necesidades de aquel pais, ni de las leyes y disposiciones que necesita para encumbrarse á la altura que la fertilidad de su suelo, la clase de sus producciones, los grandes elementos que necesita desenvolver, ni su posicion geográfica, cuando de tal manera se produce. Hasta el presente, solo se ha ocupado del clero, y se ha ocupado del modo lastimoso que, á llevarse á efecto lo que propone, daría por resultado la pérdida, no solo para España, sino para la humanidad y la civilizacion, de aquellos dominios, llamados por la Providencia á llenar mas altos y mas humanitarios fines.

»Nosotros, que hemos habitado largos años en Filipinas; que hemos penetrado en sus bosques seculares; que hemos atravesado sus mas escabrosas montañas; que hemos estudiado, en una palabra, así sus condiciones geográficas como las especiales de la raza indígena, nos proponemos sacar la cuestion de la estrecha órbita en que la ha circunscrito, y levantarla á la altura que los principios liberales, humanitarios y civilizadores que el siglo proclama exigen, para hacer ver al público, con la inflexible lógica de los hechos y con la indestructible argumentacion de los números, la diferencia que existe entre el juicio formado por el conocimiento exacto de las materias que se dilucidan, y entre el formado por la pasion estraviada y calenturienta que, en su loco frenesí, crea fantasmas que ante la luz de la verdad desaparecen como ante el sol las tinieblas.

»Nos habla luego de la importancia de los establecimientos de la Australia y otros circunvecinos, y al hablar de ellos deja bien claramente conocer que ignora lo que allí pasa; por fortuna, los filipinos rechazarían con todas sus fuerzas semejante gobierno por tirano y opresor, y tan antihumanitario, que á fuerza de explotar, perseguir y envilecer la raza indígena, se halla en un estado tan decadente como próspero el de la raza filipina. Teniéndose en cuenta esto, fácilmente se comprendería la diferencia que hay en la explotacion, y de seguro que un pueblo tan humanitario como el español rechazaría con indignacion semejantes medios; mas, ¿es verdad, por ventura, que existe esa diferencia? Sin duda alguna es mas fácil asegurarlo con palabras dictadas por la pasion, que demostrarlo con documentos, que tantas

veces promete y jamás espone, porque la falsedad, particularmente en hechos de esta naturaleza, jamás se prueba ni con documentos ni con estadísticas; en cambio nosotros presentaremos unos y otras, y haremos ver toda la prudencia y circunspeccion con que el gobierno debe plantear las reformas, si quiere que respondan á los fines patrióticos y humanitarios á que deben encaminarse; y para que se vea nuestro buen deseo, hasta se las indicaremos sin declamaciones de ningun género, pero con la recta sencillez de la verdad, presentándolas con el orden debido para que sean tan bien recibidas de los gobernados como oportunamente dictadas por los gobernantes.

»Siguiendo el sistema del comunicante, sirvan estas cortas reflexiones de advertencia al público para que no se deje sorprender, y puesto que ha de ventilarse la cuestion, espere, sin prevencion de ningun género, á oír la impugnacion y la defensa, y en vista de una y otra, forme su juicio con la rectitud que le forma siempre la razon cuando se espone la verdad con toda claridad.

»La verdad guia nuestra pluma, y al dejarla correr sobre el papel, no se crea que nuestro hábito de misionero nos hará ceder de la imparcialidad, tan necesaria al que quiere el triunfo de la justicia. No seremos, pues, nosotros los que hemos de formar decidido empeño en que los misioneros todos aparezcan como impecables; sabemos muy bien la debilidad y flaqueza de la naturaleza humana para exigir la suma de la perfeccion en el hombre; pero entre esto y las ventajas que proporcionan, está el buen criterio y la rectitud para elegir; y si los misioneros tienen defectos que los sacerdotes seculares acopian en mayores proporciones, colocados el gobierno y el público en el caso de elegir, no podrán menos de seguir la regla de eterna moral, eligiendo lo menos malo, caso de que lo sean, tanto mas, cuanto que está probado que es lo que mejor efecto produce para la patria y para la civilizacion, para la gloria é interes de España y de la humanidad; ademas que el misionero, vigilado por las autoridades, cuidan estas de removerle cuando falta á sus deberes ó no cumple con su cargo.

»Tampoco se crea por lo anteriormente espuesto que no creemos haya habido siempre, y hay hoy entre los misioneros, hombres de intachable conducta, y que todos atesoran, como atesoraron siempre, un envidiable patriotismo, que siempre salvó las Islas, y un celo por el bien de los indígenas y por el triunfo de la causa de la humanidad, que les ha merecido de los filipinos ese cariño que sin duda alguna es el objeto de la envidia y del despecho de sus detractores.

»Este influjo del misionero sobre los convertidos no se adquiere sin grandes títulos de gratitud, puesto que el dominado tiene siempre cierta aversion á su dominador, aversion que crece y se aumenta tanto mas, cuanto mas innato es en el hombre el deseo de su independencia. Esta ligera reflexion basta para que el público no decida sin oír á las dos partes. El misionero, que nunca hizo alarde ni buscó recompensas humanas para sus trabajos evangélicos y civilizadores, hoy, como siempre, permanecería encerrado en su humilde modestia, si el ataque solo le perjudicara; pero siendo de tan grave trascendencia para la patria y para la humanidad, la modestia y la humildad serian un crimen; por esto, pues, acude á defenderse y sale de su retraimiento para presentar ante el público los grandes títulos que le hacen digno de su aprecio y de la proteccion del gobierno.

»No molesto por hoy mas la atencion del público, á quien solo pido imparcialidad y justicia, y que suspenda todo juicio hasta tanto que, espuestas las razones por parte del articulista y por la mia, pueda estar en condiciones de apreciar unas y otras, y en camino de encontrar la verdad, que debe ser su objeto, tanto mas, cuanto que, de apreciarla ó no, pueden seguirse lamentables perjuicios á la patria, á la sociedad y á la civilizacion.

»Me anticipo á dar á V. las gracias por la insercion en su ilustrado periódico de estas líneas, esperando que dispensará en sus columnas un lugar á mi defensa, así como ha dado en ellas cabida al ataque. La justa impar-

cialidad que siempre ha presidido en la esposicion de las doctrinas en su periódico; la defensa que siempre ha hecho en él de los derechos individuales; la omnimoda libertad que proclama, me hacen esperar confiadamente en su benevolencia, y así, solo me resta ofrecer á V. con sinceridad de mi afecto los respetos de consideracion con que soy seguro servidor Q. B. S. M.»

«II.

»MADRID 20 de agosto.

»Sr. Director de *La Discusion*.

»Muy señor mio y de toda mi consideracion y aprecio: Como en mi anterior artículo prometí al público, es hoy de mi deber contestar al que bajo el título *Clero* ha publicado en el número 241 de su ilustrado periódico, correspondiente al 17 de julio del corriente año. En él se ocupa el articulista, desentendiéndose de los demas ramos de la administracion, de las Órdenes religiosas de misioneros allí existentes, pesadilla que ofusca al articulista hasta un extremo lamentable, y que necesita eficaz correctivo. Como quiera que en el citado artículo, á vuelta de consideraciones que no estoy en el caso de apreciar por ahora, se trate á los religiosos de una manera, no solo inconveniente é inmerecida, sino injusta á todas las luces, me creo en el imprescindible deber de molestar la atencion de V. á fin de que, allí donde el ataque ha tenido lugar, tenga ocasion la defensa.

»Abrigo la confianza que V., Sr. Director, que con tanta lucidez como valor y energía viene sosteniendo en su apreciable periódico los derechos individuales, y propagando el espíritu de asociacion, no podria menos de apreciar en su justo valor el ejercicio que de los primeros va á permitirse un fraile misionero de Filipinas, y la defensa del espíritu de asociacion que se propone hacer, creyendo, como cree, que ningun otro periódico como el de V., que tanto ha propagado esta como defendido aquellos, debe ser el que dé cabida á las reflexiones y hechos con que va á responder á quien al parecer ignora ó desconoce los grandes servicios que los frailes de Filipinas han prestado en aquellas Islas á la humanidad y á la civilizacion, á la sociedad y á la patria.

»Hechas estas ligeras observaciones, tiempo es ya de que entremos en la cuestion que ha de ocuparnos. Empieza el articulista haciendo méritos de litigios suscitados entre el clero regular y secular de Filipinas, y se lamenta con sobradísima razon de que en tales litigios siempre se haya sacado la cuestion de su verdadero terreno. Despues de esta declaracion, lo natural era ver que, al tocarla el articulista, la tocase en el verdadero punto de vista en que debe colocarse tan elevada cuestion. Pero, ¿lo hace? Basta leer el artículo para convenirse de lo contrario, puesto que la empequeñece hasta el extremo de hacerla perder toda su importancia, descendiendo á detalles mas propios de una conversacion de resolano que de ser rebatidos en la prensa; mas propios de una ranchería que de esponerlos á la consideracion de un pueblo culto y civilizado.

»No le seguiremos, pues, en su poco envidiable tarea; y toda vez que desea luz, nosotros le pondremos en el caso de que se haga: quiere que se establezca la verdad, y nosotros procuraremos plantear la cuestion tan alta como debe plantearse, para que la verdad brille en todo su esplendor. No esquivamos la cuestion; al contrario, la deseamos, y la deseamos con ansia; justo era, pues, que hoy que todos hacen alarde de servicios prestados á la patria, á la humanidad y á la civilizacion, los frailes hicieran valer tantos y tan esclarecidos como han prestado en favor de tan sagrados objetos.

»Para que el articulista conozca que no en vano ha arrojado el guante, nosotros nos apresuramos á recogerle, para que se convenza de la fe que tenemos en la bondad de nuestra causa; nosotros le provocamos á que salga de sus tiendas y esgrima sus armas; pero, amigos del orden en todo, lo somos mas en la discusion, y sin perjuicio de destruir en su dia los supuestos y las pequeñeces que contiene su artículo, creemos que tan elevada

materia debe levantarse á las altas regiones á que pertenece; desde ellas descenderemos despues al terreno en que él se ha colocado.

»Creemos que V. convendrá con nosotros en que, en cuestiones de esta especie, lo primero que hay necesidad de establecer es el método. Así, pues, debemos empezar probando si los frailes, como corporacion, han reducido á los filipinos á poblaciones; si han levantado estas; si han hecho caminos, puentes, canales, y planteado en aquel pais todos los elementos de civilizacion que hoy le enaltecen.

»Segundo: si en la tarea de sacar al indio del bosque para civilizarle, le ha auxiliado en lo mas mínimo el clero secular.

»Tercero: si este clero ha convertido algun indígena, ha fundado algun pueblo, ó ha introducido en las Islas algun elemento civilizador.

»Cuarto: si los frailes en la conversion, conquista y civilizacion de las Islas, se han separado en lo mas mínimo de la línea paternal y humanitaria que les marca la caridad evangélica.

»Quinto y último: si no han sacrificado sus desvelos, sus cuidados y hasta sus vidas para librar á los indígenas de las vejaciones que en todos los pueblos sufren los conquistados de los conquistadores.

»Dilucidadas estas cuestiones, será ya tiempo, señor Director, de entrar apreciando la equidad y justicia con que el clero secular pretende apoderarse de los curatos, para cuya fundacion y establecimiento ningun sacrificio ha hecho, ni trabajo alguno ha prestado. Entonces será oportuno apreciar si los frailes pueden ó no ser buenos curas, si es ó no contra su institucion. Entonces será la ocasion oportuna de lanzar un reto, que estamos seguros no aceptará el clero secular, por mas que este reto sea el mas digno, el mas propio del sacerdote, y el que mas le está recomendado por Jesucristo, porque es el cumplimiento de la mision divina que le encargó, cuando en la persona de sus Apóstoles le dice: *Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.*

»Por desgracia, Sr. Director, hay en las Islas todavía infieles, y no en tan escaso número como asegura el articulista, sin duda porque desde Manila no ha podido verlos como los hemos visto los que hemos penetrado en los bosques, que él ni aun conocerá por el mapa quizás. Organícese, pues, ese clero secular, y ya que, segun él, las vocaciones de frailes en el dia son muy pocas (lo cual no es mas cierto que lo que dice respecto al número de infieles que vaga por los montes); organícese, repetimos; intérnese en los montes; reduzca salvajes; funde pueblos, y venga con el caudal de su trabajo á adquirir los derechos que, cumpliendo con nuestros deberes, los regulares hemos adquirido.

»Y no decimos esto solo por el clero secular católico, sino de cualquiera otra congregacion que se forme y quiera venir á compartir con nosotros las tareas apostólicas. Esto le convencerá á V. de que los frailes sabemos que los derechos se adquieren cumpliendo los deberes que les hagan acreedores á ellos, como nosotros hemos cumplido y cumplimos, y verán que somos los primeros, no en deprimirlos, sino en enaltecerlos, y de este modo recibirán una leccion fraternal de caridad evangélica.

»De la discusion así planteada y así seguida se hará la luz y se verá la verdad, y entonces se sabrá el por qué los frailes tienen influencia sobre los indios, y se sabrá tambien el recto y patriótico uso que hacen de esta influencia, y quizás quizás no será aventurado asegurar que podrá conocerse la idea que ha inspirado el escrito provocando la lucha, y esté V. seguro, Sr. Director, que la idea ni es patriótica, ni humanitaria, ni santa, sino que, por el contrario, será impuesta y sugerida.

»Treinta y cinco años en las Islas nos dan derecho á que se crea que conocemos cuanto allí pasa, las diversas rebeliones que hemos presenciado, y en las cuales hemos contribuido á salvar el pabellon español y afirmar su dominio en las Islas, y nos han hecho conocer de dón-

de han partido siempre aquellos ataques, y por lo mismo que saben que su repetición será infructuosa y estéril mientras haya frailes, conocida es la idea de destruirlos; no pueden ser las pequeñeces y miserias que aduce el articulista; si ellas fueran, los frailes permaneceríamos en silencio, las contestaríamos con el desprecio; pero conociendo que son antipatrióticas, antihumanitarias y anticristianas, nuestro silencio sería un crimen.

»Salga, pues, al palenque, venga la discusión, y el tiempo nos aclarará la verdad, y confirmará una vez más que *quos Deus vult perdere, dementat*. Sí, Sr. Director; pululan por las Islas ideas y utopías que no pasarán al campo de la realidad mientras haya frailes. Se agitan allí ambiciones que no pasarán de deseos mientras las corporaciones religiosas tengan allí su residencia y continúen en la administración que hoy les está encomendada; y esta es la causa por que se nos deprime; yo le aseguro á V. y al público que no aceptará la cuestión empezando por donde he indicado, y abrigo la confianza de que, tanto V. como los lectores de su ilustrado periódico, tan defensores de las ideas humanitarias, civilizadoras y sociales, tendrán un verdadero sentimiento en que no se esclarezcan debidamente; pero al mismo tiempo la culpa no será del que suscribe, puesto que no tardará en ver la luz pública, si el articulista no accede, un trabajo literario que llene este objeto, del que me estoy ocupando.

»Tampoco crea el articulista que dejaré de contestar á sus baladíes apreciaciones en tiempo oportuno, pues cuando vea que esquivas las cuestiones principales, tendré que descender, aun contra mi carácter, á las apreciaciones de menor importancia.

»Concluyo, pues, pidiendo á V. indulgencia, y que me dispense el haberme extendido algo más de lo que pensaba, teniendo con este motivo el honor de ofrecer á V. la consideración de sus respetos su seguro servidor y capellan Q. B. S. M.,—El comisario de franciscos misioneros de Filipinas,—*Fr. Joaquin de Oria*»

REVISTA DE LA SEMANA.

Fecunda ha sido en acontecimientos notables la semana que acaba de transcurrir. La cuestión de orden público, no resuelta todavía, ha absorbido por completo las demás pendientes de solución en la arena candente de la política española. La insurrección republicana se ha desarrollado rápidamente por toda España, tanto, que, según nos decía *La Igualdad*, periódico que ha tenido buen cuidado de llevar el alta y baja de este asunto, son veintisiete las provincias en que oficialmente constaba vagaban partidas republicanas. No hay para qué indicar las provincias que han arrojado al campo y á las calles mayor número de combatientes. Cataluña, Andalucía, Aragón y Valencia han sido hasta ahora las provincias que han luchado con más tenacidad en defensa de la república federal. El éxito, sin embargo, no ha coronado tan formidable lucha, há tiempo organizada y preparada á la sombra de los *derechos individuales, ilegales, inalienables, etc.*, etc.

Los federales se han distinguido hasta ahora en su lucha con el gobierno por los actos de verdadero vandalismo que han cometido donde quiera que han intentado proclamar la república federal. Las escenas de Valls, donde se incendiaron veinte casas, cuya pérdida asciende á muchos millones de reales, y fueron asesinados siete individuos, algunos de ellos á bayonetazos, en las puertas del ayuntamiento, han causado tan profunda y horrorosa impresión en el ánimo de todas las personas honradas, que no pocos creen que este indeleble sello ha de servir de estigma al republicanismo español.

Tamaños desmanes y desafueros parece que han sido severamente castigados por sus mismos compañeros de armas, los cuales fusilaron, según se dice, á doce de los que figuraron en primera línea en aquellos horribles acontecimientos. Los más pidieron indulto, según *La*

Gaceta del 8 del actual; pero se les contestó que si se entregaban, serían juzgados por el tribunal competente como reos de delitos comunes. Hasta hoy no se han presentado ni disuelto todavía, siendo perseguidos por las muchas fuerzas que recorren los campos de Cataluña.

Los insurrectos de Reus y del Priorato, en número de mil ochocientos, entregaron las armas al general Baldrich en Cornudella. Las autoridades participaban con este motivo que el Campo de Tarragona había quedado completamente limpio de facciosos, si se exceptuaba los restos de los de Valls.

Simultáneamente la insurrección se había extendido por la provincia de Lérida, donde apareció una partida capitaneada por los diputados provinciales Sol y Carin, y otra por Plá, presidente del club republicano de Balaguer, en cuyo punto fue disuelto el ayuntamiento y proclamada la república. Fortificados en esta población los republicanos de la provincia de Lérida, fueron atacados el día 5 por el brigadier Figuerola, el cual sostuvo algunas horas de fuego con los insurrectos capitaneados por los diputados de la minoría republicana, hermanos Castejon; pero en la madrugada del 6 abandonaron la población dirigiéndose hácia Ager, sin duda para ganar la montaña. Los insurrectos tuvieron, según la *Gaceta*, ocho muertos y muchos heridos, y las tropas un capitán muerto y tres oficiales y ocho soldados heridos. La resistencia fue tenaz; pero, á pesar de ser en número de mil seiscientos, tuvieron que abandonar la población sin haber podido realizar una contribución de dos mil escudos que habían impuesto sobre algunos contribuyentes. La partida vaga todavía por aquellas montañas, y, al decir de la *Gaceta*, se dedican solo á inutilizar vías de comunicación y telegráficas.

Los cabecillas de las facciones de Barcelona las han abandonado, con excepción del hermano del Noy de las Barraquetas. Del diputado Joarizti, jefe de la junta revolucionaria de Cataluña, no se hace mención en la *Gaceta*, y se supone que se halla gravemente enfermo en uno de los muchos caseríos que existen en aquella provincia.

El tristemente célebre Suñer y Capdevila levantó una partida de 1,600 hombres en las inmediaciones de la Junquera. En la proclama que dirigió á los republicanos se pone de manifiesto la complicidad en la sublevación de toda la minoría republicana. Esta alocución, escrita con cierta nobleza, es objeto de todas las conversaciones y comentarios en los círculos políticos y en la prensa, porque ha venido á patentizar de un modo evidente lo que ya para nadie era un misterio.

Después de derrotada en la Junquera la partida, se sublevó contra sus jefes, viéndose estos obligados á huir, quedando disuelta. El resto, en número de 300, entre ellos los cabecillas, ha penetrado en Francia por la parte de Portús, retirándose los demás á sus casas.

El movimiento republicano de Béjar ha sido sofocado por la energía del ayuntamiento, el cual, posesionado del telégrafo y del palacio-castillo, intimó la rendición á los revoltosos, y veinte minutos después abandonaron sus puestos, huyendo hácia la montaña en pequeñas facciones, sin organización y por diferentes puntos, marchando entre los fugitivos el comandante que era de los voluntarios de la libertad de Béjar, Antonio Gomez, los cuales, después de haber sido batidos diferentes veces, piden indulto ó se presentan, al decir de la *Gaceta*.

Béjar había quedado tranquila. Peco y los demás presos políticos habían sido trasladados á Salamanca, donde serán juzgados.

En Trubia se había levantado una partida que parece ha sido disuelta.

Al ser conducido á Madrid el diputado Acevedo, una partida hizo grandes esfuerzos para rescatarle; pero la resistencia de la Guardia civil contuvo á las turbas, y el diputado republicano, llegado á Madrid, ha sido trasladado á las prisiones de San Francisco.

Algunos batallones de los voluntarios de Valladolid que no quisieron entregar las armas cuando así lo dispuso el gobernador en su bando, salieron el 7 de aquella plaza y se dirigieron á los montes inmediatos, donde, al

decir de la *Gaceta*, asediados por el hambre y la fatiga, se entregaron á la columna que salió á perseguirles.

El diputado Noguero, con unos trescientos hombres, procedentes de la partida formada en Sariñena y otros puntos, se aproximó á Fraga, deteniéndose en el puente del rio Cinca, desde donde dirigió al oficial de la Guardia civil una comunicacion intimándole la rendicion, so pena, al decir de la *Gaceta*, de asesinar á las familias de los defensores, cuya intimacion fue noblemente rechazada por el oficial y juez de primera instancia. Posteriormente fue alcanzada y batida por una de las columnas, presentándose á indulto al alcalde de Berbegal Noguero y su segundo Palacios, los cuales fueron trasladados á Zaragoza por disposicion del capitán general.

En Aragon, además, se habian levantado tres partidas, mandadas por el diputado republicano Luis Blanc, un estudiante de Zaragoza llamado Montenegro y otra por Ayla. Ignórase el paradero de la partida de Blanc, disolviéndose la de Montenegro despues de haberle hecho sesenta y nueve prisioneros, y la de Ayla entabló una empeñada lucha entre los que la componian para distribuirse el botin.

La partida de Paul se apoderó en Grazelema de la correspondencia oficial, recogió las armas que habia en el pueblo, dió libertad á los presos, y detuvo al juez de primera instancia, saliendo de noche con direccion á Ubrique.

La vanguardia de la columna de Bravo, mandada por Gurrea, y compuesta de cien carabineros de á caballo y otros tantos de infantería, alcanzó en las inmediaciones de Algar á las partidas reunidas de Paul y Salvoechea, y fueron desalojadas á la bayoneta y cargas de caballería, ocasionándoles muchos muertos, segun la *Gaceta*.

De las partidas de Salvoechea y Paul, internadas en la sierra, no ha vuelto á tenerse noticia; pero eran perseguidas muy de cerca por la columna que las batió en Algar.

En la Carolina hubo un movimiento republicano, auxiliado por algunos grupos de los pueblos inmediatos. El brigadier Búrgos, con su brigada, entró en la Carolina sin resistencia, por haberse retirado los sublevados así que supieron la aproximacion de las tropas. Los insurrectos estaban mandados por el alcalde Medrano, y auxiliados por algunos individuos de los pueblos de Úbeda, Linares y Vilches.

El diputado Fantoni, en cuya partida figuran Janer, Navarrete y otros, despues de haber sido batido, al decir de la *Gaceta*, en las inmediaciones de Jerez, iba desalentado con direccion á Corrales, y en su persecucion habian salido de Córdoba fuerzas de infantería y Guardia civil.

La partida de Maza ha sido batida y dispersada, segun refiere la *Gaceta*, en la Dehesa del Esparragal, provincia de Huelva, por una pequeña columna del regimiento de Gerona y de la Guardia civil, causándole cuatro muertos y once prisioneros, entre los que se cuentan el cabecilla Maza y D. Narciso Castro, escribano de Sevilla. El somaten mandado por el alcalde de La Palma hizo dos prisioneros y se apoderó de un caballo.

Los alcaldes de Osuna y Marchena, y el cura de Pedregal, capitanean la insurreccion de la provincia de Granada. En Castilblanco se presentó el 7 una partida de ochenta hombres mandada por Ramos Bellido.

El cura Romero, á la cabeza de cuarenta hombres, se habia dirigido á la Serranía de Ronda.

De Granada se habian marchado varios voluntarios de los batallones republicanos, por no querer entregar las armas.

El dia 9, en Málaga, al publicarse el bando declarando el estado de guerra, un grupo de republicanos siguió durante el acto dando *vivas* á la república; y no habiendo obedecido á las intimaciones de la autoridad, fue dispersado por la fuerza y restablecido el orden. Así al menos lo asegura la *Gaceta*.

Los insurrectos de Ujijar han depuesto las armas, quedando disuelta la partida.

Un tren con tropas descarriló el 7 entre Dos Hermanas y Las Cabezas, por haber levantado los insurrectos algunos rails, ocasionando la muerte de un oficial y dos individuos de tropa, quedando heridos tres oficiales y cuatro individuos, tambien de tropa. Los periódicos de Sevilla refieren que los emisarios de la junta revolucionaria de Utrera levantaron con inteligencia facultativa el rail de la derecha del camino, destornillando perfectamente los ajustes y sin lesion de las traviesas ni del terreno, preparando la catástrofe, que, aunque no se comprende por qué, no ha sido todo lo horrenda que esperaban los autores de tan punible hecho. «Hay seguridad, decian los diarios de Sevilla, que los cafres presenciaron el siniestro, demostrando carecer hasta de la osadía bastante para el asesinato, cuando no se les ocurrió el pensamiento de caer sobre aquellos jefes, oficiales y soldados que en la oscuridad de la noche, en el sobrecogimiento del conflicto, y entre los muertos, heridos y contusos de que debian hallarse rodeados, pudieron sufrir un golpe de sorpresa que completara el cruel y cobarde designio de aquellos miserables.»

En el distrito de Valencia, donde se habian levantado varias partidas, fue alcanzada y batida la que mandaba Froilan Carvajal, Director de *La Revolucion* de Alicante. Hecho prisionero, fue fusilado en Ibi, á causa de que, por la interrupcion de las líneas destrozadas, no pudo llegar el indulto que el gobierno habia mandado por telégrafo, segun dice *La Iberia*.

El 7, á las tres de la tarde, á la entrada en Zaragoza de los prisioneros de Cinco-Villas, los revoltosos del barrio de San Pablo rompieron el fuego, segun cuenta la *Gaceta*. Los periódicos de aquella capital aseguran que el 6 fue ocupada militarmente dicha ciudad por todas las fuerzas del ejército. Acto continuo la autoridad civil resignó el mando en la militar, siendo declarada la provincia de Zaragoza en estado de guerra. Pero antes de resignar el mando el gobernador civil, publicó tres bandos disponiendo la disolucion del ayuntamiento popular de Zaragoza, la de todos los clubs, comités, juntas y asociaciones políticas contrarias á la Constitucion monárquica, y el desarme de los voluntarios de la libertad en el improrogable término de seis horas. Las consecuencias de estas disposiciones fueron la sublevacion de algunos batallones de la Milicia ciudadana.

El Imparcial Aragonés, periódico progresista, da cuenta en estos términos de los tristes sucesos que han ensangrentado las calles de aquella capital:

«Sin perjuicio de dar á conocer á nuestros lectores el relato oficial de los tristísimos acontecimientos de que Zaragoza ha sido teatro en los dias 7 y 8, diremos algo de lo ocurrido, conforme ha llegado á nuestra noticia, rectificando en los números sucesivos cualquiera afirmacion que no sea exacta.

»A las noticias que dábamos en la seccion local del juéves 7, tenemos que añadir la relacion de los sucesos que vinieron, y son como sigue. Espirado el plazo á las ocho de la noche del citado dia, aquella se pasó con la mayor tranquilidad, amaneciendo lo mismo, aunque notándose bastante agitacion, hasta que, sobre las dos de la tarde, cuando eran llevados á la cárcel algunos presos de las partidas de Gallur y Pedrola, dióse algun grito de ¡A las armas, y salvar á los presos! poniéndose á hacer algunas barricadas en las calles de Predicadores, Armas, Ilarza, San Blas, Plaza de San Pablo, y continuándose en toda la parroquia de este nombre, y muy luego en las Piedras del Coso, Seminario de San Carlos, casa de Correos, plaza de San Lorenzo, calle Mayor y algunas otras de menos importancia, rompiéndose el fuego en casi todas ellas, el cual duró, siendo por intervalos intenso, hasta las siete, que paró con la noche, á escepcion de algunos tiros cambiados por los centinelas; la barricada de la plaza de San Pablo, con el auxilio de dos piezas de artillería, arma que jugó bastante, fue tomada al anochecer, habiéndosele hecho fuego á la tropa de diferentes puntos y desde la torre de la iglesia del mismo nombre.

»A media noche fueron abandonadas algunas barri-

cadadas en el barrio de San Pablo, y asimismo en otros puntos.

»En la tarde del mismo día hubo una encarnizada lucha en las casas junto á la plazuela de San Bruno, hasta que, puesta una pieza de artillería frente á las mismas, cesó el fuego.

»En la mañana del 8 se reconcentraron los fuegos en una barricada situada junto á la iglesia del Portillo, en el Almudí y en la puerta del Duque, apoderándose los paisanos de la casa de telégrafos, y ocupándola hasta las diez de la mañana, en que fue abandonada; la barricada del Portillo fue ocupada por las tropas entre siete y ocho de la mañana, en cuya hora dió principio el fuego en los otros puntos citados; sobre las once fue tomado el Almudí y la puerta del Duque, oyéndose despues algunos disparos al otro lado del puente de San José.

»En esta lucha tenaz han sido pocos los paisanos que han tomado parte, y las pérdidas muy sensibles y considerables de uno y otro lado.»

Una persona radicalmente opuesta á las ideas que sostiene *La Igualdad*, le dirige una carta que da los siguientes detalles de tan fratricida lucha:

«Seiscientos hombres, y creo que son muchos, han tenido en jaque, por espacio de veinte horas, á las fuerzas de Bassols, fuerzas que hubieran sido echadas de Zaragoza si hubiesen estado mejor combinadas las de los sublevados, que, cogidos, puede decirse, de sorpresa, apenas tuvieron tiempo para coger su arma.

»He visto huir la caballería y la infantería por el Coso, replegándose en una calle, delante de los paisanos que los acosaban desde las barricadas; he visto una pieza de artillería abandonada; he visto entrar á la carga á tres compañías, protegidas por dos piezas, para vencer á unos cuarenta hombres; en una palabra, he visto á los soldados acobardados, sin saber qué partido tomar, replegándose ante el fuego nutrido que se les dirigía.

»Con un poco mas de organizacion, mas municiones, y sobre todo mas decision y energía en los jefes, que, dicho sea en honor de la verdad, dejaron en su mayor parte á los paisanos y se escondieron en sus casas, si no huyeron, el partido republicano seria hoy dueño de Zaragoza.

»Y es de notar que al comenzar el fuego, la tropa tenia tomadas todas las posiciones y puntos estratégicos, cosa que perjudicó mucho á los paisanos. Mas aun; estoy seguro que si el brigadier Merelo no se presenta ayer á las dos con tres batallones, el fuego se comienza de nuevo y vence la república. Es en vano que yo quiera dar pormenores sobre este grande hecho de armas de los aragoneses, que recuerda el año de 1808.

»Las bajas han sido numerosas de una y otra parte; mas de la clase de tropa, y mas aun de oficialidad á proporcion.

»Siento decir á V. que los soldados han cometido algunos desmanes que seria bueno no quedasen sin castigo.»

Las bajas han sido considerables por una y otra parte, y segun consta de datos publicados por algunos periódicos, la tropa espermentó mas de noventa bajas. Los paisanos han sufrido tambien pérdidas muy considerables.

Los destrozos ocasionados por los insurrectos en el camino de hierro de Zaragoza á Barcelona, segun informes de los ingenieros que han reconocido la línea, se elevan á ocho millones de reales.

Estos hechos demuestran de un modo claro la tenacidad de la lucha emprendida, para castigo de España, por los republicanos federales.

En Valencia se rompió el fuego en la mañana del 8, con tanto denuedo y bizarría, que hasta hoy 12 no se tienen noticias de que haya terminado la lucha.

El capitán general participaba, segun la *Gaceta*, que conservaba sus fuertes posiciones en una línea que ampara parte de la ciudad, esperando en ellas tranquilo los refuerzos que se le han enviado, toda vez que siendo escasas las fuerzas que guarnecen aquella plaza, no era posible disponer un vigoroso ataque simultáneo.

Se han dirigido á Valencia la brigada de Búrgos, la de Merelo, que salió ayer de Zaragoza, la de Palacios, quinientos guardias civiles procedentes de Madrid, y otros cuerpos de Cataluña. Algunos cuerpos de las brigadas Palacios y Búrgos van armados con el nuevo fusil Berdan.

Hoy se espera que atacarán simultáneamente por diferentes puntos la ciudad, y se cree que, en vista de tales aprestos militares, depongan los sublevados las armas antes de romperse el fuego. La falta de correos de aquel distrito militar nos impide dar detalles de la insurreccion de Valencia.

En el ferro-carril de dicha ciudad á Barcelona hay trozos de seis á siete kilómetros en que apenas se conoce por dónde va el camino.

Como complemento á las noticias sobre orden público que hemos procurado extraer cuanto nos ha sido posible, y que nos dispensan de todo comentario, debemos añadir que hay noticias de que el gobierno francés va á acercar á la frontera española dos cuerpos de ejército, fuerte el uno de 20,000 hombres, y de 16,000 el otro. Parece que los dos cuerpos de observacion no se retirarán despues de terminada la actual insurreccion federalista, y que permanecerán hasta que el país se constituya definitivamente.

Los montpensieristas, que en estos días están muy alentados, no deben ver con buenos ojos esa aproximacion de fuerzas francesas. ¿Se habrán terminado, una vez dominada la insurreccion republicana, las complicaciones que hace tiempo estamos presenciando?

* * *

Votada la ley de suspension de garantías constitucionales, despues de animadísimos debates sostenidos con gran denuedo por los diputados republicanos y por el Sr. Sagasta, ministro de la Gobernacion, bien pronto se han dejado sentir sus efectos. Los capitanes generales, en uso de sus atribuciones, han declarado en estado de guerra las provincias de sus distritos militares, disuelto ayuntamientos y diputaciones provinciales, y desarmado á los voluntarios de la libertad que no inspiraban confianza.

La ley ha dejado sentirse tambien en la prensa periódica, y hasta la fecha han sido suspendidos de publicacion quince periódicos republicanos y uno carlista, *El Oriente*, de Sevilla, diario que con notable lucidez y brio defendia los intereses de la gran comunión católico-monárquica.

Durante la discusion del proyecto de suspension de garantías constitucionales, el Sr. Sagasta tuvo que hacer justicia mas de una vez á las partidas carlistas que en los últimos meses se levantaron en armas proclamando á D. Carlos VII. Las partidas carlistas no cometieron excesos de ninguna especie, á pesar de que luchaban con sus propios recursos. El partido carlista no necesitaba ser comparado con ningun otro partido de los que desgarran las entrañas de la nacion española para elevarse á una inconmensurable altura.

Las partidas republicanas, sin embargo de que contaban con los medios que el gobierno ha puesto en sus manos, necesitan para defenderse destruir puentes y telégrafos, inutilizar ferro-carriles, destrozar carreteras y otros medios de comunicacion, y publicar bandos muy feroces para imponer con el terror, ya que no con el amor, la idea republicana. El Sr. Sagasta, abrumado bajo el peso de la verdad de hechos tan recientes, no pudo menos de recordarlo, con gran aplauso de todas las personas honradas, para gloria de la gran comunión carlista.

Pero cuando oíamos que estaba llevando y trayendo el horrible asesinato del gobernador de Tarragona, y procuraba, con una complacencia verdaderamente cruel, salpicar de sangre los vestidos de toda la minoría republicana, se presentaban á nuestra consideracion las nueve víctimas de Montealegre pidiendo venganza á la minoría republicana, y acusando al gobierno de aquellos

incalificables asesinatos, cuya responsabilidad nadie ha exigido todavía.

«¡Ah! exclamábamos nosotros; los autores de la cruel y sanguinaria orden que ha escandalizado á toda Europa no tienen derecho á acusar á los republicanos del asesinato del gobernador de Tarragona, cometido en un momento de loca y vertiginosa exaltacion popular.»

Y sin embargo, ni una sola voz se ha levantado en pro de las inocentes víctimas de Montealegre. Ni un corazon generoso ha protestado contra ellas. Ni una mano honrada ha castigado á los culpables.

Como consecuencia de la suspension de garantías, el Sr. Castelar anunció á la Asamblea que la minoría republicana debia abandonar el palacio del Congreso, obedeciendo á elevadas razones de patriotismo y á poderosas ideas que justificará la historia. El Sr. Prim rogó una, dos y tres veces á la minoría que no abandonara la Cámara; pero, arrastrada esta por los compromisos, el general Prim vió desatendidos sus consejos y amenazas, malquistándose con sus amigos los progresistas y unionistas.

Colocados en esta situacion el gobierno y la minoría, el presidente del Consejo parece como que ha querido consumir el escándalo. El sábado dirigió una comunicacion á las Cortes participándoles que hay diez y siete diputados que están en rebelion armada contra la Constitucion y la Asamblea. Por los términos de esta comunicacion se ve claramente que el gobierno quiere que sean espulsados del Congreso.

El gobierno, y los ministeriales en general, han considerado esta cuestion como muy grave y difícil de resolver, cuando hay un procedimiento legal y por de mas sencillo para que las Cortes resuelvan con tranquila calma y seguro acierto. Las Cortes no son cuerpo judicial, y en ningun caso deben hacer lo que es de competencia de los tribunales. Si hay diputados insurrectos, déjese al juez competente que declare su culpabilidad y sentencie; y una vez condenados por los tribunales los diputados rebeldes, las Cortes no tendrán que hacer nada, porque la ley los declarará inhabilitados para sentarse en los bancos del Congreso.

La mayoría no ha logrado ponerse de acuerdo en esta gravísima cuestion, á pesar de las repetidas conferencias celebradas en estos últimos dias. De todos modos, resuélvase en uno ú otro sentido, ya espulsándolos de las Cortes, como quieren los mas *ardientes*, ya formulando contra ellos un voto de censura, como proponen Cánovas, Rios y Rosas y Márto, la cuestion suscitada con este motivo por la impremeditacion del gobierno es la manzana de discordia arrojada entre los heterogéneos y repulsivos elementos de la coalicion liberal.

La cuestion de candidato al Trono duerme en estos dias, á pesar de que Montpensier procura exhibirse por todas partes. ¡Tanto peor para el descendiente de Luis Felipe!

Ya ven nuestros lectores que la semana que acaba de transcurrir ha sido fecunda en acontecimientos; pero es taríamos faltos de patriotismo si no recordásemos aquí el gran suceso, la valiente y heroica accion de nuestros hermanos los españoles que pelean por su patria en nuestras Antillas, cuyo valor y patriotismo han demostrado una vez mas en el ataque de las Tunas, pueblo de aquellas apartadas regiones.

Tan fausto acontecimiento fue notificado á las Cortes Constituyentes hace pocos dias por el señor ministro de Ultramar, el cual leyó el parte detallado, y recibido pocas horas antes.

¡Loor eterno á los dignos héroes de esa jornada!

A pesar de la victoria, debemos continuar prestando todos nuestros esfuerzos para que tan brillante página no se borre del libro histórico de nuestra nacion.

Concedores de aquel pais, comprendemos que los filibusteros con tal derrota han sufrido un descalabro mucho mayor de lo que á primera vista parece.

Seguros ellos de apoderarse de las Tunas, Céspedes y comparsa contaban ya con un gran apoyo, que seria la base de todas sus operaciones.

Pueblo inmediato al mar, y protegido por las anchas sábanas que le rodean á muy corta distancia, las Tunas, para nuestros enemigos, es y era la posicion mas importante, desde el punto de vista estratégico, para el plan de operaciones.

Todas las expediciones que burlasen la vigilancia de los Estados-Unidos, podian llegar impunemente y hacer todos sus alijos de gente y demas útiles para la guerra, sin temor de ser molestados.

En esta fuerte posicion, tan difícil de ser hostilizada, podian tambien los filibusteros formar un cordon de guerrillas que, avanzando por el centro y flancos de las sábanas, hicieran fáciles las correrías hácia las principales poblaciones de aquella parte de la Isla, y procurarse, en un período mas ó menos largo, multitud de elementos indispensables para el triunfo.

Aparte de esto, nos demuestran tambien los hechos pasados que cuando Lopez trató de invadir la Isla en otro tiempo, el primer pensamiento que procuró realizar fue apoderarse de las Tunas, y en aquella época los pocos vecinos y escasa guarnicion de este mismo pueblo, hostilizados por espacio de tres dias, se hicieron fuertes en la casa del gobernador, hasta que llegó á socorrerles el malogrado general Etna, con cuya ayuda y con igual valor y denuedo que el que han demostrado ahora, desbarataron la formidable expedicion que desembarcara dias antes en sus playas.

A su heroicidad, pues, debe España la pacificacion de la Isla. Decimos *la pacificacion*, porque los insurrectos, que acaban de ver el brillante hecho de armas á que nos referimos, y que sin duda ha desconcertado por completo sus planes, de hoy en adelante por do quiera que se atrevan á atacar sufrirán igual escarmiento que el que han experimentado en las Tunas.

¡Honor, pues, á los valientes de las Tunas, que tan alto han sabido colocar nuestro pabellon!

Nosotros les mandamos la mas cordial enhorabuena, y á la par que pedimos al Dios de las batallas corone con el laurel de la victoria á nuestro ejército que pelea en aquellos paises con tan noble arrojo, le rogamos por las almas de las víctimas sacrificadas en aras de la patria, la cual, reconocida á tan buenos hijos, grabará en letras de oro el nombre de tan esforzados campeones de nuestro honor é independencia.

CORRESPONDENCIA ESTRANJERA.

PARIS 10 de octubre.

No se oye hablar por aquí de otra cosa que de la situacion de España, tan elocuentemente presentada por el Sr. Sagasta. Si yo, á mi vez, me ocupara largamente de esa situacion; si mi plena imparcialidad habia de juzgarla en los hombres que la constituyen y en los que han levantado la bandera de la república, y si de todo, con otras noticias que aquí tenemos, presentara el porvenir, cosa es que todos nuestros lectores conocerán me seria sumamente grata, y compensaria en cierto modo la tristísima impresion que produce tanta sangre y tantos desastres. Mas he visto que entre las *libertades* suspendidas está la de imprenta, y todavía no puedo presumir, por la lectura de los periódicos de esa, cómo entiende el gobierno esa suspension, y cómo la practican sus delegados, y no quiero esponerles á Vds. á un disgusto; por lo cual, me callo.

Sin embargo, creo ha de ser permitido, si no por lo que toca á España, por lo que toca á Cuba, un lamento y una prevencion. ¿Puede esperarse que se domine la insurreccion en las condiciones en que España se encuentra? Muy de temer es que de todos los refuerzos que se proyectó enviar á Cuba no vayan otros que los pocos miles de soldados que ya han partido, y ni por ellos, ni

aun que se triplicara su número, claro está que no han de someterse los rebeldes mientras esperen que de un momento á otro les dé el triunfo un episodio siempre fácil en nuestra situación. En vano se derrama la sangre generosa de los voluntarios y de nuestros soldados; en vano allí los peninsulares y los cubanos fieles, aquí las provincias, siguen haciendo nobles sacrificios; nada puede esto contra la fuerza material y moral que los rebeldes reciben de la situación de España. Y esto es tan claro, que no es necesario explicarlo.

Mientras esto aparece por una parte, por otra se determina mas y mas la intención de los *yankées*. No concibo cómo todavía se hacen ahí ilusiones en este particular. Ultimamente han salido de los puertos de la Florida dos expediciones de importancia en hombres y en recursos para los rebeldes; expediciones que de fijo no impedirán lleguen á su destino los buques que no se quiere separar de los puertos españoles, y en tanto se aproxima la fecha en que el gobierno de Washington ha declarado que no podría resistir á la presión del sentimiento nacional, y que tendría que reconocer á los rebeldes como beligerantes. Lo que habrá que hacer para este caso, ya lo ha dicho la Revista en términos harto enérgicos; pero no hay ni la mas remota esperanza de que nada de lo que se propuso se pueda hacer.

Dejando esto á un lado, y viniendo á los asuntos de aquí, es preciso que se fijen Vds. en ellos, porque están muy relacionados con los de la Península. Atiendan Vds. á estos hechos.

Hace cosa de quince días que un diputado muy poco conocido publicó una carta en los periódicos declarando que para él toda convocación del Cuerpo legislativo para una fecha mas lejana que el 26 de octubre, constituiría una violación flagrante de la Carta constitucional que él estaba dispuesto á no tolerar. En consecuencia, había determinado presentarse el día 26 á las puertas del Cuerpo legislativo y hacer que se abrieran, constituyéndose en sesión con los diputados que quisieran acompañarle. El reto al gobierno no podía ser mas claro; y aunque su efecto fue muy limitado en el Cuerpo legislativo, tuvo alguno en la opinión, sobre todo cuando aparecieron apoyando la idea Raspail, Gambetta y otros tres diputados mas de los irreconciliables. El gobierno se callaba; la prensa opositora gritaba mucho; la cuestión de orden público puede decirse que estaba planteada, cuando hé aquí que de pronto el gobierno, saliendo de su reserva, convoca el Cuerpo legislativo para el 29 de noviembre; es decir, para un mes mas tarde que lo que pedían los diputados de la oposición. En todas partes se ha considerado esto como un reto que el gobierno á su vez dirige á los irreconciliables, y en este tono se siguió la polémica entre estos y los oficiosos, dándose, al parecer, cita unos y otros para el día 26 en la plaza de la Concordia y en la de Borbon. El conflicto estaba indicado, y continúa todavía su amenaza, aunque es verdad que los irreconciliables y los diputados iniciadores parece que renuncian á sus propósitos, y que quieren evitar todo conflicto no presentándose, al tenor de lo que habían dicho, en las puertas del Cuerpo legislativo.

Lo que resulte de esto, allá lo veremos, si estamos aquí. Por de pronto, yo dudo de la buena fe de los irreconciliables al retirar su amenaza, y creo, por otra parte, que aun cuando ellos no se presenten en el Cuerpo legislativo, la muchedumbre se agolpará en la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos, provocando una conflagración. Pero ¿no está el gobierno preparado para ella? Si las tropas, como debe creerse, obedecen sus mandatos, ¿no será barrida la muchedumbre en un abrir y cerrar de ojos, con los medios de que las tropas disponen, y con las condiciones locales en que el Emperador ha puesto á Paris? Como quiera que sea, no olviden Vds.: primero, que las revoluciones se hacen tan impensada como fácilmente en Paris; y segundo, que de toda insurrección abortada surge un golpe de Estado. Ahora añadan Vds. á esto también que mientras en España la de-

magia levanta con descaro su bandera; mientras aquí se atreve ya á presentarla plegada, está preparando en Italia una explosión decisiva, que exige para contenerla la concentración de casi todo el ejército del *galantuomo* entre Florencia y Turin. Después de todo, Dios está en el cielo; y mientras los hombres se agitan, solo Él sabe dónde van.

La cuestión del P. Jacinto está terminada. La publicación de las dos cartas del P. General, una que motivó la salida del convento del famoso predicador, otra la respuesta dada á la carta de este, le han muerto por completo en la opinión.

En cuanto al crimen de Pantin, parece evidente que solo Traupmann concibió el crimen que ha concluido con toda una familia de diez personas, ejecutándolo con algunos cómplices subalternos que no han podido todavía ser habidos.

Se habla muy seriamente y con repetición de que se ha reconstituido la Santa Alianza; es decir, la unión íntima y estrecha de los gobiernos de San-Petersburgo, Viena y Berlin. Gran triunfo sería este para el llorado Director de *La Esperanza*, que supo solo en Europa señalar las consecuencias que debía de tener, y que tuvo en efecto, el rompimiento de esa alianza á consecuencia de las torpezas de los hábiles de Viena. Dícese que los temores que inspira con respecto á Francia la muerte, que se juzga muy próxima, del Emperador Napoleon, y lo que se está sabiendo acerca de los planes que abriga y de los recursos con que cuenta la demagogia europea para trastornar toda Europa, desde las orillas del Newa inclusive, han determinado el acuerdo de las tres potencias del Norte, acuerdo que la misma Inglaterra ve con buenos ojos, amenazada como se halla también.

Á última hora se me dice que los isabelinos piensan aprovechar la coyuntura que les ofrece la situación de España para intentar un golpe de mano. Mucho me alegraré que así sea. ¿Quieren Vds. saber por qué? Pues se lo diré en dos palabras: pretender que la situación formada en España, ese nudo complicadísimo de faltas, crímenes y desastres, puede desatarse por una solución de un niño ó una mujer, cosa es que solo cabe en los delirios de los partidos caídos y sin porvenir, á lo cual debe unirse la consideración de que todo movimiento isabelino ó alfonsino no puede tener otro efecto que el de acelerar la verdadera y única posible solución.

ANUNCIOS.

EL RACIONALISMO, Diálogo por D. Francisco X. Caminero, presbítero.—Se vende en la Biblioteca de la Propaganda Católica de Palencia, á 5 cuartos folleto, 6 1/2 rs. docena y 50 rs. ciento dentro de la capital; y fuera de ella, á 7 1/2 rs. docena y 56 reales ciento, franco el porte.

TÉRMINOS Y MULTAS MERCANTILES, por el Ldo. D. Juan Rodríguez y Pacheco. Este pequeño trabajo, hecho en presencia del Código de comercio, es de reconocida necesidad para el comercio en general, siendo el primero en su género. Se vende á 4 rs. en casa de los Sres. Duran, Cuesta y Bailly-Bailliére.

EL PROTESTANTE PROTESTADO.

Núm. 1.º: *Andrés Tunn*, por D. Vicente de la Fuente: precio, 8 reales la docena en Madrid, y 10 en provincias.

Núm. 2.º: *La Salvación del pecador*, por D. Francisco Gomez Salazar, presbítero: precio, 6 rs. la docena en Madrid, y 7 en provincias.

Estos libritos, publicados con licencia de la autoridad eclesiástica, están destinados á prevenir al pueblo español contra los errores de otros que han esparcido los protestantes con gran profusión, titulados: *Andrés Dunn, Si, hay un Salvador para ti*, y *El amor de Dios hacia los pecadores*. Ni los autores ni el editor tienen por objeto lucrar en estos libros, sino prestar un servicio á la causa de la *Unidad católica* en España.

Se hallan de venta en Madrid en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz; de los Sres. Tejado hermanos, calle del Arenal, y de los Sres. Viuda é hijo de D. E. Aguado, calle de Pontejos. Los pedidos de fuera pueden dirigirse á los mismos puntos, ó al editor, D. Antonio Perez Dubrull, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero, Madrid.